EL TEATRO MODERNO

1194



50 CTS

E. THUILLIER y J. L. DE LA HERA

JUDA BEN HUR

Gago XXX

EL TEATRO MODERNO

Director: LUIS URIARTE

Enrique Thuillier y
Juan López de la Hera

JUDÁ BEN-HUR

Escenificación de la novela de Lewis Wallace, en cuatro actos, divididos en cinco cuadros

Estrenada en el Teatro de la Princesa, de Valencia, el 14 de noviembre de 1929



PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO VI 14 - VI - 1930 NÚM. 251

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Sara	C. López Lagar.
Ester	P. Tena.
Amrah	M. Armisen.
Iras	E. Picot.
Tirza	E. Cozar.
Thamar	M. Victoria Rivera.
Ben-Hur	S. Soler-Mary.
Messala	E. Navas.
Simónides	A. Povedano.
Ilderim	L. Ramírez.
Quinto Arrio	J. Benítez.
Sembalat	G. Cubas.
Saúl	J. Blanch.
Cayo	G. Cubas.
Léntulo	M. Chavarri.
Cecilio	M. Chavarri.
Druso	J. Blanch.
El	P. Tena.
Israelita 1.°	L. Marco.
Israelita 2.°	E. Albi.
Jefe de los remeros	L. Ramírez.
Jefe de los soldados	E. Albi.
El contramaestre	N. N.
El piloto	L. Marco.
Un rabí	A. Povedano.
Un decurión	M. Chavarri.
Un remero	J. Blanch.
Un mercader	G. Cubas.
Un siervo	L. Marco.
Uno de Antioquía	N. N.
Otro de Antioquía	N. N.
Un hombre	G. Cubas.

Soldados, siervos, marineros, remeros, piratas, israelitas, romanos, gente de Jerusalén y de Antioquía.

La acción en los primeros años de la Era Cristiana.

ACTO PRIMERO

Una habitación del palacio de Ben-Hur, en Jerusalén. Al fondo, amplia balaustrada que da a la calle.
Al levantarse el telón, Tirza, sentada junto al ventanal, mira al exterior. A poco, entra Sara.

ESCENA I

Sara, Tirza.

SARA. Tirza, hija mía, ¿no volvió aún tu hermano?

TIRZA. No, madre. Fué a casa del rabí, como todos los días.

SARA. De él ha de aprender la ley y la historia de Israel, el respeto y el amor por todo lo que a ellas se refiere.

TIRZA. Judá será un buen israelita.

SARA. Ha de llevar con dignidad el nombre que ha heredado. Esa es mi aspiración, y ese será mi orgullo: que mi hijo, el hijo de Itamar Ben-Hur, no venda nunca al pueblo de Jehová como lo han vendido otros indignos israelitas.

TIRZA. Ismael...

SARA. Ismael, sí, proclamado sumo sacerdote en sustitución de Anás, por imposición del César.

TIRZA. Pero el pueblo le ha admitido.

SARA. El pueblo de Israel sufre hoy bajo el yugo de Roma, como sufrió la esclavitud en Egipto y la cautividad en Babilonia. El Dios de Abraham no cree llegado aún el momento de redimirlo, porque no todo es puro en él, y mientras haya hebreos como Ismael, capaces de venderse al César a cambio de alcanzar una dignidad, el pueblo del Señor seguirá oprimido y vejado.

TIRZA. ¿Hasta cuándo?

SARA. Hasta que llegue aquél que anunció Isaías... «Y levantaré de David un retoño que reinará sobre la tierra.»

TIRZA. ¡El Mesías!

SARA. El Redentor. Hasta su reinado, hemos de sufrir la opresión de Roma. Nuestro sumo sacerdote, Ismael, aunque hebreo por su cuna y su educación, es romano por sus sentimientos, como lo es nuestro tetrarca, Herodes; romanos también son nuestros gobernadores, como ese Valerio Grato, legado de Roma, procurador de Siria, que desde su palacio de Cesárea domina y gobierna la Palestina en nombre del César.

TIRZA. Oí decir que viene a Jerusalén.

SARA. Viene, sí; viene Valerio Grato a mostrar al pueblo oprimido la fuerza de sus legiones, de las legiones de Roma.

ESCENA II

Sara, Tirza, Amrah.

AMR. La paz del Dios de Abraham sea con vosotros.

SARA. ¿Qué quieres, Amrah?

AMR. Anunciarte una buena nueva.

SARA. Di.

AMR. A tu casa acaba de llegar tu siervo Simónides, deseoso de postrarse a tus pies.

SARA. Bien venido sea. Condúcelo aquí *(Mutis de Amrah.)*

ESCENA III

Sara, Tirza, Simónides.

TIRZA. El buen Simónides, de quien tanto me has hablado.

SARA. Tú ya no le recuerdas. Eras muy niña la última vez que le viste. Diez años hace que no ha venido a Jerusalén.

SIMO. Que la paz de nuestro Señor os acompañe siempre.

SARA. Acércate, Simónides, fiel servidor, amigo nuestro,

SIMO. Gracias sean dadas a Jehová, que me concede veros de nuevo. Veo a tu hija, en todo semejante a ti cuando vivía mi señor; semejante también a mi Ester, vuestra sierva.

TIRZA. ¿Tienes una hija?

SIMO. Que, como yo, es tu esclava. ¿Y tu hijo, señora, goza de salud?

SARA. Sí, mi buen Simónides; pronto llegará, y podrás verle. Pero dime qué te trae.

SIMO. El deseo de veros y el deber de recibir tus órdenes. Regreso a Antioquía, después de un viaje que hicieron preciso los negocios, y a mi pasc por Jerusalén, mi obligación era visitaros.

SARA. Por tus frecuentes cartas conozco el estado floreciente de los asuntos. Dime, ¿ha surgido algún contratiempo?

SIMO. Ninguno, señora. Los negocios que a la muerte de mi señor confiaste a mi administración, siguen siendo tan prósperos como en vida de tu esposo. En Antioquía no hay mercader que goce de más crédito ni más prestigio que yo, ya que quisiste que a mi nombre se hicieran todas las transacciones.

SARA. Ya ves que supe colocar bien mi confianza. Merced a ti puedo vivir tranquila al lado de mis hijos. En su nombre te doy las gracias, pues para ellos trabajas. Dios te recompensará en tu hija.

SIMO. Ya me ha recompensado, señora. Ester es la mejor de las hijas; su amor por mí es tan grande como el que yo sentí por su madre.

TIRZA. ¿Vive tu esposa?

SIMO. ¡Ay! No; murió. Y a no dejarme en mi Ester una imagen suya, yo no hubiera podido sobrevivirla.

TIRZA. ¿Tanto la amabas?

SIMO. Tu madre, ¡oh, señora!, podrá decirte lo que fuí capaz de hacer por el amor de mi Raquel.

SARA. Cierto; el sacrificio mayor que cabe imaginar.

TIRZA. Cuéntame esa historia.
SIMO. ¿Tú lo quieres?
TIRZA. Sí.
SARA. Cuéntasela, Simónides.
SIMO. Mis padres eran esclavos, y yo fuí vendido a Itamar Ben-Hur, tu padre, que fué entre los príncipes israelitas, el más rico y poderoso de Jerusalén. Según la ley de Moisés, serví como esclavo seis años cumplidos, y al séptimo me fué dada la libertad: fuí libre.
TIRZA. Entonces no eres ya siervo nuestro.
SIMO. Escúchame hasta el fin y lo sabrás todo. Amaba tanto a mi señor que le supliqué me retuviera a su servicio como criado asalariado. Consintió en ello, dándome la dirección de algunas de sus empresas marítimas. Peligrosos eran aquellos viajes, mas en ellos adquirí la experiencia comercial que tan útil me ha sido luego. Un día en que era yo huésped de mi señor en esta casa, vi en ella a una sierva cuya hermosura se apoderó por completo de mi corazón. Al poco tiempo me presenté a tu padre y se la pedí por esposa. Me respondió que aquella mujer era esclava perpetua, pero que, si ella consentía, la haría libre en obsequio mío. Ella me correspondía, pero, feliz donde estaba, rehusó la libertad. Rogué, insistí, en vano. La misma respuesta siempre: me amaba y sería con placer mi esposa, pero a condición de que fuera yo su compañero de esclavitud. Nuestro padre Jacob sirvió otros siete años por su Raquel, ¿por qué no hacer yo otro tanto por la mía? Pero no bastaba; era preciso ser, como ella, esclavo de por vida.
TIRZA. ¿Y tú...?
SIMO. Resistí, me fuí de su lado, lejos... Pero volví, y... ¡mira! ¿Ves la cicatriz?
TIRZA. La veo, sí, y veo hasta qué extremo amaste a tu Raquel.
SIMO. Tu padre, al conocer mi decisión, llevóme ante los jueces para que expusiera mi voluntad. Después horadó mi oreja izquierda, según la ley, convirtiéndome en esclavo suyo a perpetuidad.

Así conseguí a Raquel. ¿Hubo nunca amor como el mío?

SARA. Ella también te amó.

SIMO. Sí. Y fuí muy dichoso, gracias a mi señor, que, con Raquel, me dió la dirección de casi todos sus negocios.

SARA. Y yo la confirmé a su muerte, conociendo tu adhesión y tu fidelidad. Mientras permanezcas en Jerusalén, serás mi huésped.

SIMO. Gracias, señora, por tus bondades. Permite ahora que me ausente. He de ver partir una expedición de mercancías que he organizado. Más tarde volveré y veré, al fin, a tu hijo, mi amo, para expresarle mi sumisión.

SARA. Ve, buen Simónides, y que el Señor te acompañe.

TIRZA. Que El vaya siempre contigo.

SIMO. Y a vosotros os bendiga. *(Mutis.)*

ESCENA IV

Sara, Tirza, Amrah.

SARA. Tarda tu hermano. *(Llamando.)* ¡Amrah!

AMR. *(Saliendo.)* Señora.

SARA. ¿No ha vuelto aún mi hijo?

AMR. Mi señor Judá no ha vuelto todavía.

TIRZA. Acaso le haya retenido el rabí, si se confirma que hoy llega el legado de Roma.

SARA. Los hijos de Israel no deben acudir a recibir a sus opresores, sino apartarse de su camino mientras llega el día de la liberación.

AMR. Si lo que he oído es cierto, cercano está ese día, señora.

SARA. ¿Qué dices?

AMR. Lo que se asegura ya como una esperanza: que a orillas del Jordán ha aparecido un profeta. Dicen que ha pasado muchos años en el desierto, y que de sus labios brotan palabras extrañas que seducen a cuantos las escuchan.

SARA. ¿Quién es?

AMR. Se llama Juan, y dice que es el precursor del Mesías.
TIRZA. ¿Del Mesías?
AMR. Afirma que muy pronto llegará otro más grande que él: el Rey de Israel, el Redentor del pueblo del Señor.
SARA. ¡Oh, si fuera cierto!
AMR. Todos le creen. La multitud acude a oírle predicar.
SARA. ¡El Mesías!... Hace más de veinte años unos extranjeros llegaron a Judea guiados, según dijeron, por la estrella del Señor, asegurando que el Hijo de Dios había nacido.
TIRZA. Si fuera verdad...
SARA. Si fuera verdad, ¿cómo tarda tanto en presentarse a su pueblo?
AMR. El profeta le anuncia..., dice que muy pronto llegará.
TIRZA. Tengamos fe en él.
SARA. ¡Si fuera el Mesías!
AMR. Señora, mi señor Judá viene ya, acompañado de otro hombre.
SARA. ¿No es el rabí?
AMR. No; este no parece israelita, parece un extranjero.
SARA. ¿Un extranjero? Retírate, Tirza. Dejadme. *(Mutis de Tirza y Amrah.)*

ESCENA V

Sara, Ben-Hur, Messala.

BEN. La paz del Señor sea contigo, madre.
SARA. Y contigo, hijo mío.
BEN. Te traigo a mi amigo. ¿No recuerdas? Messala.
MES. Salud a ti, madre de Judá.
SARA. Bien venido seas.
BEN. Le encontré en la calle. ¡Qué alegría! Hacía tanto tiempo que no nos veíamos...
SARA. ¿Has estado ausente?

MES. Cinco años hace que salí de Jerusalén. Esta mañana regresé a casa de mi padre.

SARA. Ahora te recuerdo bien. Fuiste el compañero de juegos de Judá en vuestra infancia.

MES. Cierto. Nuestra amistad tiene casi tantos años como nosotros.

BEN. Hoy es para mí día de regocijo. ¡Messala! ¡Amigo! ¡Hermano! Ya no te irás, ¿verdad? Te quedarás en Jerusalén, entre nosotros.

MES. ¿Quién puede asegurar lo que ha de ser su vida? Haré lo que me imponga mi destino. Ahora me trae a Jerusalén, precediendo a Valerio Grato.

SARA. ¿El legado de Roma?

MES. Sí; esta tarde entrará en la ciudad. Pero hablemos de nosotros. En estos cinco años, los que nos separamos adolescentes nos hemos convertido en hombres. ¡Feliz labor del tiempo!

BEN. Cinco años, sí. Recuerdo perfectamente nuestra despedida. Lloré al verte partir para Roma. Pasó el tiempo, y vuelvo a verte contento, fastuoso..., y, sin embargo, yo prefería al Messala que se fué.

MES. ¿En qué me diferencio de aquel Messala?

BEN. Lo preguntas, y vuelves a Jerusalén con el legado de Roma.

MES. ¡Por los dioses! Deja ese tono de pitonisa, y dime en qué te he ofendido.

BEN. Sería yo más vil y más abyecto que un samaritano si no sufriera con la opresión de los hijos de Israel.

MES. ¡Oh! Ya te comprendo. ¡Por Hércules, que ya había olvidado cómo sois los hebreos! Las cosas, los hombres, hasta el cielo y la tierra cambian, pero un hebreo, jamás. Para él no existe pasado ni futuro: es lo que fueron sus antepasados desde el principio. ¡Y aún quieres que no me ría! Si se satisface con el culto de un pueblo semejante, ¿qué vale vuestro Dios, comparado con el romano Júpiter, que nos presta sus águilas para que nuestros soldados conquisten el mundo?

SARA. Vuestro poder no será eterno. Otros extranjeros dominaron a Judea antes que los romanos. ¿Dónde están, Messala? Ella les ha sobrevivido. Lo que ha sucedido, volverá a suceder.

MES. Así vivís los hebreos: mirando al pasado y esperando que se repita. Mirad al porvenir. Mi maestro, un retórico romano, me dijo en su última lección: «Si quieres hacer grande tu vida, no olvides que Marte reina y que nos ha recobrado la vista.» Es decir, que el amor no es nada ya, y la guerra lo es todo. El mundo corre por el mismo camino: Marte impera. Yo soy soldado de Roma y alcanzaré cuanto ambicione. Pero tú, Judá, ¿qué puedes ser tú?

BEN. ¿Yo?

MES. Tu vida será la de todos los hebreos: del colegio a la sinagoga; después, al templo, y al fin, ¡meta gloriosa!, un asiento en el Sanedrín. ¡Que los dioses te ayuden!

BEN. Me ayudará mi Dios.

MES. En cambio, yo... ¡Ah! Todavía queda mucho mundo por conquistar. El mar tiene islas desconocidas; al Norte existen pueblos bárbaros... Un camino de gloria se abre ante mí: una campaña en Africa..., después el mando de una legión. Aquí acaba la ambición de la mayoría; pero yo aspiro a más, ¡por Juno! Cederé mi legión a cambio de una prefectura; tendré poder, riquezas, placeres... Mandaré en Siria o aquí, en Judea, y tú, si quieres, compartirás mi fortuna. Sé, como yo, un romano, Judá.

BEN. ¿Qué dices?

MES. Deja de arrastrar el peso estúpido de la tradición; olvida a ese Dios que nada hace por vosotros, y acógete a mis dioses, magníficos y generosos.

BEN. ¡Yo! ¡Yo romano! ¡Convertirme en opresor odioso de los míos! ¡Ser uno más entre los verdugos de mi raza, del pueblo de Israel! Messala, por nuestra amistad te pido que no sigas ofendiéndome. Si eres mi amigo, calla.

MES. Porque lo soy he de convencerte.

BEN. No, no lo lograrás nunca.
MES. ¿Prefieres seguir aquí, en esa opresión idiota de que hablas, a ser tú el dominador de los demás?
BEN. Mejor víctima que verdugo, sí.
SARA. Somos hebreos, Messala, y los hebreos, tú lo has dicho, no cambiamos jamás. Pero día llegará en que el poder de vuestras águilas quede humillado por uno de nosotros, por el que ha de libertad al pueblo del Señor.
MES. Sí, eso os prometen vuestros sacerdotes. Pero ¿de dónde ha de salir ese héroe? ¿De entre vosotros? ¿De entre ese pueblo sin valor ni energía? Lástima y risa me inspira tan absurda esperanza. El pueblo hebreo es un pueblo mezquino y cobarde; tenéis alma de esclavos, y estaréis siempre bajo nuestro yugo. ¡Por el divino Marte! Nuestro es el mundo, nuestros serán vuestros campos, y vuestras casas, y vuestras mujeres... Y mientras llega ese caudillo que ha de vencernos, nos enriqueceremos con vuestro trabajo de siervos miserables, y haremos de vuestras mujeres, de vuestras hermanas y de vuestras madres, esclavas para nuestros placeres.
SARA. ¡Nos insultas, Messala!
BEN. ¡Calla! Yo te comprendo, porque eres romano, pero tú no puedes comprendernos, porque somos israelitas. Separémonos, Messala. Sigue tu camino, déjame.
MES. Tú lo quieres, Judá. Que los dioses te protejan.
BEN. Que la paz del Dios de mis padres vaya contigo.
MES. No es vuestra paz lo que deseo. Recuerda lo que antes te dije: ¡Marte impera! *(Mutis.)*

ESCENA VI

Sara, Ben-Hur.

BEN. No podemos ser amigos.
SARA. ¡Oh! ¡Roma!... ¡Roma!...
BEN. No es el que era. Todo ha acabado entre nosotros.

SARA. No lo sientas, Judá; nada has perdido con esa amistad. Oyéndole, se descubre su alma ambiciosa y cruel.

BEN. ¿Cómo no sentirlo, madre, si creí tener en él mi mejor amigo? Pero la amargura que me ha causado oírle, me ha sido muy provechosa, porque me ha hecho pensar en cosas que nunca habían pasado por mi imaginación. Dime, madre, ¿qué debo ser yo?

SARA. Debes ser mi héroe.

BEN. Lo seré, sí; pero ¿cómo? Indícame el camino para serlo. Conoces la ley: todo hijo de Israel debe tener una profesión. ¿Cuál debe ser la mía? Yo deseo cumplir el precepto dictado por el Señor a nuestro pueblo, ser útil a mis hermanos empleando mi vida en una ocupación, y te pregunto: ¿Debo cultivar la tierra, ser sacerdote, mercader, doctor? ¿Qué debo ser? Contéstame, madre.

SARA. La cuestión que planteas es muy ardua para ser tratada por una mujer, hijo mío. Suspendamos hasta mañana tratar de ella, y consultaremos con el sabio Simeón.

BEN. No me envíes al rabí. Acaso él pudiera aconsejarme, pero tú puedes darme algo mejor que consejos: la resolución, alma de nuestra alma.

SARA. Te falta resolución... Las palabras del romano te han hecho dudar de ti mismo.

BEN. Dudar no; pero me siento humillado por su orgulloso desdén, por el tono de sarcástica protección que empleó al hablarme.

SARA. Roma, sus poetas, sus oradores, sus tribunos, están dominados por esa afectación impertinente que ellos llaman sátira.

BEN. Pero ¿existe un motivo real, madre, para ese desprecio que los romanos nos manifiestan? ¿Es nuestra raya inferior a la suya? ¿No puedo yo aspirar, sin dejar de ser quien soy, a todos los honores, de cualquier orden que sean? ¿No podría yo blandir una espada y seguir la profesión militar?

SARA. A todo puedes aspirar, hijo. ¡La raza de los romanos!... El de linaje más antiguo, no puede remontarse más allá de la fundación de Roma. ¿Qué es eso, comparado con la antigüedad de nuestra raza? Tu padre, el príncipe Itamar Ben-Hur, descendía en línea recta de Hur, el compañero de Josué. Por lo que se refiere a lo que has de hacer, sólo he de decirte: sirve a Dios, al Señor de Israel, y no a Roma. Para un hijo de Abraham no hay gloria sino en el camino del Señor.

BEN. Luego... ¿puedo ser soldado?

SARA. ¿Por qué no? ¿No llamó Moisés al Señor, el Dios de los ejércitos? Puedes ser soldado, a condición de que sirvas al Señor, y no al César.

BEN. Gracias, madre. Serviré a nuestro Dios contra Roma.

SARA. Quizá pronto tengas ocasión de luchar por El. Entretanto ten siempre presente la observación de nuestra ley, como cumple a un buen israelita.

BEN. No me apartaré nunca de ella.

SARA. Pon el amor de Jehová por encima de todos tus amores, y sea sagrado para ti el juramento que en su nombre hicieres. Su gloria celebrarás en la Pascua. Consérvate siempre digno del nombre que heredaste, para que los tuyos te amen y se sientan orgullosos de ti. Evita toda violencia, y no maltrates de palabra ni obra a ningún hijo del Señor. Huye de los placeres vergonzosos, que envilecen tanto como eleva un amor santo y puro. Respeta la propiedad ajena, para que la tuya sea respetada. Sé siempre veraz, que la mentira es lo que más rebaja a un hombre. No desees poseer nada que a otro pertenezca, cosa o persona, pues sólo con desearlo le ofendes en su hacienda o en su honor. Y cumpliendo estos preceptos santos, la bendición del Dios de Israel caerá sobre tí, como la mía en este momento.

BEN. Yo sabré merecerla, madre mía.

ESCENA VII

Sara, Ben-Hur, Tirza.

BEN. ¿No sabes, hermana? Me voy de Jerusalén.

TIRZA. ¿Que te vas? ¿Cómo? ¿A dónde? ¿Por qué?

BEN. ¡Cuántas preguntas a un tiempo! Sabes que la ley nos ordena emprender alguna profesión; nuestro padre me dió el ejemplo. Tú misma me despreciarías si gastase en la ociosidad lo que él acumuló con su industria y su sabiduría. Voy a Roma.

TIRZA. ¡Oh! Yo quiero ir contigo.

BEN. Tú debes permanecer con nuestra madre. Si ambos la dejásemos, moriría.

TIRZA. Sí, tienes razón. Perdóname, madre.

SARA. ¡Hija mía!

TIRZA. Pero ¿por qué irte tú? Aquí, en Jerusalén, puedes aprender a ser comerciante, si es eso lo que deseas.

SARA. Es que no desea ser mercader. La ley no prescribe que el hijo deba seguir la profesión del padre.

TIRZA. ¿Y qué otra cosa puede ser?

BEN. Soldado.

TIRZA. Te matarán.

BEN. Si tal es la voluntad del Señor, cúmplase; pero, querida hermana, no todos los soldados sucumben.

TIRZA. ¡Somos tan felices!... Quédate, hermano mío. Madre, dile que se quede.

SARA. Mi corazón habla por tus labios, Tirza; pero mis labios callan, si no es para decirle: hijo mío, hágase tu voluntad, si es la voluntad del Señor.

BEN. No podemos seguir siempre así. Tú misma nos abandonarás dentro de poco.

TIRZA. ¿Yo? ¡Jamás!

BEN. Un príncipe de Judá o de cualquier otra tribu vendrá un día en busca de nuestra Tirza, y se

la llevará consigo para que sea la alegría de otra casa. ¿Qué será entonces de mí?

TIRZA. ¿Y pelearás por Roma?

BEN. La guerra es profesión que debe aprenderse en buena escuela, y no la hay mejor para un guerrero que un campamento romano.

TIRZA. ¡Roma!... ¡La odio!

BEN. Y yo también.

SARA. El mundo entero la aborrece.

TIRZA. ¿Cómo, pues, vas a combatir por ella?

BEN. Pelearé por Roma, con tal de que me enseñe a pelear, para poderlo hacer un día en contra suya.

TIRZA. ¿Y cuándo te irás?

BEN. En seguida.

SARA. ¡Mi Judá!... *(Transición.)* ¿Oyes? ¿Qué rumor es ese?

BEN. Se oye, lejano, sonido de trompetas.

TIRZA. ¿Qué sucede?

SARA. El pueblo se aglomera, y todos corren, como si algo desusado ocurriese.

BEN. Es Valerio Grato, que entra en Jerusalén.

SARA. La multitud murmura amenazadora.

TIRZA. Vienen soldados del Pretorio.

SARA. Es el cortejo del legado romano.

TIRZA. Los legionarios.

SARA. El pueblo los insulta. ¿No oís cómo gritan: «¡Tirano, devuélvenos nuestro sacerdote!»?

TIRZA. No es a los soldados a quienes se dirigen los insultos; es a aquel jinete que avanza con una corona de laurel en la cabeza.

BEN. ¡El legado! ¡Valerio Grato!

SARA. ¡Qué terribles miradas dirige a la muchedumbre! ¡Ay de ti, pueblo de Israel!

TIRZA. Ya pasa ante nuestra casa. ¿Oís cómo arrecia el clamor del pueblo?

BEN. *(Corriendo al ventanal.)* Quiero verlo. ¡Dejadme!

TIRZA. *(Dando un grito de horror.)* ¡Ay!

SARA. ¿Qué hiciste, Judá?

BEN. *(Retrocediendo espantado.)* ¡Dios de Abraham! ¡Le he matado! Fué un accidente, os juro que no ha sido intencionado. Se desprendió esa piedra...

SARA. No temas. Los soldados le levantan. Vive... Retirémonos de aquí. Si creen que fué tu propósito matarlo...

BEN. No lo creerán. Explicaré lo ocurrido. ¿Qué estrépito es ese? ¿Por qué gritan nuestros siervos?

ESCENA VIII

Sara, Ben-Hur, Tirza, Amrah, Messala, un Decurión; soldados romanos, siervos de Ben-Hur.

AMR. *(Que sale corriendo con los siervos, perseguidos por los soldados.)* ¡Señor, protégenos!

BEN. ¿De quién?

AMR. De los soldados.

TIRZA. Madre, tengo miedo; no te apartes de mí.

DECU. ¡Por Plutón, que no escaparán! Aquí están todos.

BEN. ¡Atrás, soldados!

DECU. Ese es el asesino. Apoderaos de él y de esas mujeres.

MES. ¿Tú, Judá?

BEN. Mesala, protégelas. Por nuestra pasada amistad, salva a mi madre y a mi hermana.

MES. Nada puedo hacer. Has atentado contra la vida de Grato.

BEN. Pues caiga sobre mí el castigo, pero sobre ellas, no, Messala; sobre ellas, no. Recuerda que fuimos amigos.

MES. No fué culpa mía si dejamos de serlo. Llevaos a estas mujeres. Grato ordena que sean encarceladas.

BEN. Antes te despedazaré con mis manos.

MES. Atadle, y llevadle también. ¡Pronto!

SARA. ¡Hijo mío! ¡Hijo!

TIRZA. ¡Hermano!

BEN. ¡Messala! ¡Amigo traidor! ¡Sicario de Roma! Caiga sobre ella y sobre ti la maldición de Dios. Por el nombre de mi padre, por la inocencia de

esas mujeres, por el señor, mi Dios, te juro que he de matarte. ¡Venganza, Dios de Israel, venganza!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Entrada de Nazareth por el camino de Jerusalén. A la izquierda, en primer término, un pozo. Es por la tarde.

ESCENA I

Thamar, Saúl.

SAUL. La paz del Señor sea contigo, hermosa Thamar.
THA. Y contigo, Saúl.
SAUL. La sed me trajo junto al pozo.
THA. *(Ofreciéndole un ánfora.)* Bebe.
SAUL. No se calmará mi sed con todas las aguas que corren del Líbano, porque mi sed es de amor, bella Thamar. Y las muchas aguas no podrán apagar mi amor, ni le ahogarán los ríos.
THA. Estás triste, Saúl.
SAUL. Triste, cuando todo vive con más alegría a mi alrededor; cuando pasó el invierno y la lluvia se fué.
THA. Cierto; las flores se han mostrado en la tierra, y las vides en cierne dieron su olor fragante.
SAUL. La alegría vive en todo, menos en mí; y todo vive en la alegría, menos yo.
THA. Procura estar alegre, Saúl.
SAUL. ¿Cómo, Thamar?
THA. Recreándote en las bellezas que el Dios de Israel puso en todo cuanto contempla nuestra vista.
SAUL. Fuí contemplando belleza por belleza, y ninguna halló eco en mi corazón, porque todas huían

de donde estaban para reunirse en un solo sér. Y vine al pozo, seguro de encontrar aquí todas las bellezas reunidas. ¡Por eso te miro, Thamar!

THA. Si al mirarme encuentras un alivio para tu tristeza, mírame, Saúl. Y tu mirada llegará a mi corazón. ¡Mírame! ¡Calma tu sed! *(Un lejano toque de trompetería rompe el encanto del éxtasis amoroso.)*

SAUL. Tropas romanas.

THA. ¿A qué vendrán a Nazareth?

ESCENA II

Saúl, Thamar, varios israelitas.

ISR. 1.° ¿Habéis oído?

ISR. 2.° Nada bueno traerán esos perros romanos.

SAUL. Vienen por el camino de Jerusalén. Mirad. Ya se aproximan.

THA. Parece que traen un prisionero.

ISR. 1.° Algún criminal.

ISR. 2.° O algún mártir. La justicia de nuestros opresores no siempre es justa.

ISR. 1.° Tienes razón, Isaac.

THA. Viene a pie, medio desnudo.

SAUL. Avanza penosamente.

ISR. 1.° Trae la cabeza descubierta, y las manos atadas a la espalda.

THA. ¡Pobre! ¡Que el Dios de Abraham se apiade de él!

ESCENA III

Saúl, Thamar, Israelitas, Ben-Hur, un Decurión, varios soldados.

DECU. ¡Dad paso! ¡Pronto! ¿Qué significa tanta curiosidad?

ISR. 2.° Al saber que te aproximabas a Nazareth con todos tus soldados, quisimos, ¡oh, valiente decurión!, darte la bienvenida y ofrecerte nuestros humildes servicios.

DECU. No me hacen falta vuestras ofertas.
ISR. 2.° Perdona, noble decurión.
DECU. A vosotros no os toca ofrecer, sino obedecer. Agua para mis soldados. ¡Pronto! *(Las anforas pasan de mano en mano de los soldados.)*
THA. ¿Qué habrá hecho para ser conducido así? Pregúntalo.
SAUL. No me lo dirán.
THA. ¿Vamos a socorrerle?
ISR. 2.° Calla, Thamar; nos expondríamos a las iras de esos perros.
THA. Mirad; ahí viene el carpintero. Ahora sabremos algo. *(Aparece un rabí, seguido de Él.)*

ESCENA IV

Dichos, un Rabí, El.

THA. Rabí, buen rabí José; mira ese prisionero. Averigua quién es, lo que ha hecho y lo que van a hacer con él.
RABI. *(Al decurión.)* La paz del Señor sea contigo.
DECU. Y la de los dioses contigo.
RABI. ¿Venís de Jerusalén?
DECU. Sí.
RABI. Tu prisionero es joven. ¿Puedo saber qué delito ha cometido?
DECU. Es un asesino. *(Los israelitas repiten la frase con asombro.)*
RABI. ¿Romano?
DECU. No.
RABI. ¿Es hijo de Israel?
DECU. Judío. No sé nada de vuestras tribus. Pero puedo decirte algo de su familia. Acaso habrás oído hablar de un príncipe de Jerusalén, llamado Ben-Hur. Vivió en la época de Herodes el Grande.
RABI. Le conocí.
DECU. Este es su hijo. *(Clamoreo general, reprimido inmediatamente por el decurión.)*
RABI. ¿Y qué ha hecho?
DECU. Anteayer, en las calles de Jerusalén, intentó ma-

tar al noble Valerio Grato, arrojándole una piedra desde la azotea de su palacio, del de su padre, creo. *(Pausa, durante la cual los israelitas miran a Ben-Hur como a una bestia salvaje.)*

RABI. ¿Le mató?

DECU. No, para bien de Roma.

RABI. ¿Está sentenciado?

DECU. Sí. A galeras por toda la vida.

RABI. ¡Que el Señor le ampare!

BEN. ¡Agua!... ¡Dadme agua!... *(Thamar va a ofrecerle su ánfora, y el decurión se lo impide.)*

DECU. Ya beberá; aparta.

THA. Está sediento.

DECU. ¡Aparta, he dicho!

RABI. ¿Le darás tú de beber?

DECU. Sí. Ahora...

BEN. ¡Agua!

DECU. *(Acercándole un ánfora, pero sin dejarle beber.)* Aquí tienes el agua. ¡Qué fresca y pura está! Vas a beber hasta saciarte... Como nosotros, igual que nosotros... Ya se acerca el ánfora a tus labios. Goza, perro hebreo, goza pensando en este placer que los dioses de Roma te conceden.

BEN. ¡Agua!

DECU. Tu Dios te hubiera dejado morir de sed.

BEN. ¡Agua!

DECU. Pronto, muy pronto se convertirá tu dolor en un placer supremo.

BEN. ¡Agua!

DECU. ¡Qué fresca y pura está! Pero mis dioses lo han pensado mejor y no se apiadan de ti. ¡No beberás! *(Tira el agua.)* ¡Nadie se acerque! *(Riendo.)* Sólo tu Dios puede aplacar tu sed... si yo se lo permito.

BEN. ¡¡Dios de Israel, agua!! *(La escena queda a oscuras. Un foco de luz ilumina intensamente la figura de Ben-Hur, en cuyo hombro se apoya la mano de El. Ben-Hur vuelve la cabeza, y la otra mano de El le da un ánfora. Ben-Hur bebe y El, seguido del Rabí, desaparece. Al hacerse la luz, todos miran hacia el lado por donde se fueron*

El y el Rabí. Ben-Hur, de rodillas, ha cambiado su gesto de odio y de venganza por una sonrisa de niño. En el decurión y sus hombres también se ha operado un gran cambio.)

DECU. *(Levantando amorosamente a Ben-Hur.)* Vamos. No irás a pie. Montarás a la grupa de uno de mis soldados. *(Inician la marcha. Cuadro.)*

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Una galera romana, en alta mar, vista por la popa. Decoración partida. En la parte superior, visible, la cubierta; en la inferior, invisible hasta el momento oportuno, el camarote de los remeros. Amanece. Al levantarse el telón, Quinto Arrio, jefe de la nave, conversa con Cayo y Léntulo, oficiales de la misma.

ESCENA I

Quinto Arrio, Cayo, Léntulo.

CAYO. La fortuna es muy cruel con tus amigos, Quinto Arrio.

QUIN. ¿Por qué?

LENT. Porque te arrancó de su lado cuando apenas habías tenido tiempo de acostumbrarte a la tierra firme.

QUIN. No injuries a la Fortuna. Nunca fué mala para mí.

CAYO. Cierto. Parece que te acompaña por los mares, gobernando por sí misma el timón de la nave capitana. Si te arrebata del lado de tus amigos, ¿no te devuelve siempre coronado de nuevos laureles?

LENT. Los griegos son hoy los culpables. Injuriémosles a ellos, y no a los dioses.

QUIN. Sí, respetad a los dioses, que nos ofrecen ocasiones propicias para el triunfo. Nuestra es la culpa si las desperdiciamos. En cuanto a los grie-

gos, olvidas, ¡oh, Léntulo mío!, que lo son los piratas a quienes vamos a combatir. Una victoria sobre ellos es más satisfactoria que cien sobre los africanos.

CAYO. ¿Luego vamos al mar Egeo?

QUIN. Sí. Los piratas tienen atemorizados a los mercaderes. Estos pidieron una audiencia al emperador, y como resultado de ella, hoy habrán salido cien galeras del puerto de Rávena.

LENT. De Miseno sólo salió la nuestra.

QUIN. ¡Una sola! Quiso el César que fuese yo el que comandase la flota.

CAYO. Afortunado amigo.

LENT. Esa preferencia del emperador revela un ascenso. ¡Salve, futuro decumviro!

CAYO. ¡Salve!

QUIN. ¡Gracias, amigos!

LENT. ¿Conocías esta nave?

QUIN. No. La veo por vez primera. ¡Qué gracia y qué gallardía tiene! Su movimiento es majestuoso, como el de un cisne. ¡Hermosa galera mía! ¿Qué necesidad tiene el marino de otras amantes? ¿Acaso es tu Lucrecia más graciosa, mi querido Cayo?

CAYO. No, ¡por Júpiter!

QUIN. Ya nace el nuevo día. Mirad: las luces de Apolo tiñen de carmín las velas de la nave. Viento del Oeste. Gracias, ¡oh, Fortuna!, madre mía. *(Volviéndose a los oficiales, con una gravedad que hasta ahora no había manifestado.)* El deber nos llama.

ESCENA II

Dichos, el jefe de los remeros, el jefe de los soldados, el contramaestre, el piloto, soldados, marineros.

(a un toque de trompeta aparecen los soldados, con yelmos, escudos y jabalinas, mandados por su jefe; los marineros, presididos por el piloto; el jefe de los remeros y el contramaestre, ocupando cada uno su lugar. Todo esto sin necesi-

dad de órdenes, sin confusión ni ruido. Sale el sol.)

QUIN. ¡Izad la bandera! *(Suenan las trompetas. La bandera purpúrea, enseña del jefe de la flota, ondea sobre la nave. Desfilan soldados y marineros.)*

ESCENA III

Dichos, menos *soldados* y *marineros.*

QUIN. *(Al jefe de los remeros.)* ¿De qué fuerzas dispones?

JEFE. De doscientos cincuenta y dos remeros y diez suplentes.

QUIN. ¿Con relevos de...?

JEFE. De ochenta y cuatro hombres.

QUIN. ¿Y tu costumbre...?

JEFE. Ha sido, hasta el presente, relevarlos cada dos horas. *(Pausa.)*

QUIN. La costumbre es dura, y la reformaré; pero no ahora. Los remeros no pueden trabajar noche y día. *(Al contramaestre.)* El viento es favorable. Haz que la vela ayude a los remos. *(Al jefe de los soldados.)* A ti no tengo todavía órdenes que darte. *(El jefe de los remeros, el jefe de los soldados y el contramaestre, saludan y se retiran.)*

ESCENA IV

Quinto Arrio, Cayo, Lĕntulo, el piloto.

QUIN. ¿Cuántos años llevas de servicio?

PILO. Treinta y dos.

QUIN. ¿En qué mares, principalmente?

PILO. Entre Roma y Oriente.

QUIN. Eres el hombre que me hace falta. ¿Conoces las estrellas que gobiernan el mar Jónico?

PILO. Las conozco bien.

QUIN. Entonces, marcharás con dirección a Levante hasta Cíteres. Los dioses mediando, no nos detendremos hasta anclar en la bahía de Antémona.

Tu cometido es importante. Confío en ti. *(El piloto saluda y se marcha.)*

ESCENA V

Quinto Arrio, Cayo, Léntulo.

QUIN. *(Contemplando la galera.)* Las miradas con que sigo los movimientos de mi nave parecen las de un enamorado.

CAYO. Y razón hay para ello.

LENT. Por las ninfas que, tiene las mejores cualidades para combatir : velocidad en la marcha y pronta obediencia al timón.

QUIN. No me entregaré al reposo hasta conocerla perfectamente.

CAYO. La discreción nada abandona al acaso.

QUIN. Quiero darme cuenta también de las aptitudes de la gente puesta a mi servicio, parte la más difícil y delicada de mi misión. *(Se marcha.)*

ESCENA VI

Ben-Hur, el jefe de los remeros, remeros, marineros, soldados. A poco, *Quinto Arrio.*

(Se hace visible el camarote de los remeros. El jefe golpea la plancha con su martillo. Los remeros, entre los que se encuentra Ben-Hur, trabajan. El camarote recibe luz por una ventana grande, enrejada convenientemente. Por la cubierta circulan de vez en cuando soldados y marineros. El jefe hace uso del látigo en ocasiones y cada latigazo arranca un grito sordo de rabia impotente y de dolor. Aparece Quinto Arrio y avanza, contemplando a los remeros. Ve, de espaldas, a Ben-Hur, y su mirada se fija en él.)

QUIN. He aquí un hombre bien constituído físicamente : buena estatura, cabeza proporcionada, cuello robusto... Sus rasgos fisonómicos tienen esa delicada expresión, signo de aristocracia de sangre y de elevación de espíritu... ¡ Por los dioses !

Ese hombre me interesa; promete mucho. Me enteraré de quién es. *(Al verlo de frente.)* ¡Es un hebreo! ¡Y un muchacho! *(Bajo la mirada fija y sostenida de Quinto, Ben-Hur deja de remar un momento. La sangre colorea sus mejillas. Pero el golpe del martillo le recuerda su deber y sumerge el remo, bajando la cabeza. Quinto Arrio continúa mirándole con bondadosa sonrisa.)*

QUIN. *(Al jefe, por Ben-Hur.)* ¿Conoces a aquel hombre?

JEFE. ¿El número 60?

QUIN. Sí.

JEFE. Como sabes, la nave no hace sino un mes que ha sido hecha y los hombres son tan nuevos para mí como la galera.

QUIN. Es un hebreo.

JEFE. El noble Quinto Arrio es un observador.

QUIN. Es muy joven.

JEFE. Pero es nuestro mejor remero. He visto doblarse su remo hasta casi romperse.

QUIN. ¿De qué índole es?

JEFE. Es obediente; no sé más. Una vez me pidió un favor.

QUIN. ¿Cuál?

JEFE. Me pidió que le destinase alternativamente a derecha e izquierda.

QUIN. ¿Te dió la razón?

JEFE. Sí. Había observado que los hombres que reman siempre del mismo lado se hacen deformes. Me dijo también que en algún día de tormenta o batalla podía haber necesidad de cambiarle de banda y entonces resultar inservible.

QUIN. ¡Por Pólux! La idea es nueva. ¿Qué más has observado en él?

JEFE. Es más aseado que sus compañeros.

QUIN. Quítale la cadena y envíamelo.

JEFE. *(Acercándose a Ben-Hur, quitándole la cadena.)* El noble Arrio te llama.

BEN. ¿Dónde está?

JEFE. Ahí.

BEN. *(A Quinto.)* El jefe, que te nombra «el noble Arrio», me ha dicho que me llamabas. Heme aquí, pues.

QUIN. El jefe me dijo que eres su mejor remero.
BEN. El jefe es muy bondadoso.
QUIN. ¿Hace mucho que sirves en las galeras de Roma?
BEN. Alreredor de tres años.
QUIN. ¿En los remos?
BEN. No recuerdo haberlos dejado un solo día.
QUIN. La labor es ruda. Pocos hombres la soportan un año sin agotarse y tú no eres más que un chiquillo.
BEN. El noble Arrio olvida que el espíritu anima al cuerpo. Merced a su ayuda, el débil resiste, a veces, lo que agota y extenúa al fuerte.
QUIN. Por tus palabras eres hebreo.
BEN. Mis antepasados, mucho antes de existir el primer romano, eran ya hebreos.
QUIN. El obstinado orgullo de tu raza no se ha perdido en ti.
BEN. Nunca es mayor el orgullo que cuando está ceñido de cadenas.
QUIN. ¿Qué motivo de orgullo tienes tú?
BEN. Que soy hebreo.
QUIN. *(Sonríe. Pausa.)* No he estado nunca en Jerusalén, pero he oído hablar de sus príncipes y conocí a uno de ellos. Era mercader, y navegaba. Merecía haber sido rey. ¿De qué clase eres tú?
BEN. Debo contestarte desde el banco de la galera: soy de la clase de los esclavos. Mi padre fué príncipe de Jerusalén, y como comerciante, surcaba los mares. Fué conocido y honrado en la corte del gran Augusto.
QUIN. ¿Y se llamaba...?
BEN. Itamar, de la casa de Hur.
QUIN. *(Levantando los brazos con asombro.)* ¡Tú, hijo de Hur! *(Después de una breve pausa.)* ¿Qué te trajo aquí?
BEN. Fuí acusado de intentar asesinar al procurador Valerio Grato.
QUIN. ¡Tú! ¡Tú, ese asesino! Toda Roma se ocupó del suceso, cuya noticia llegó a mi barco en los mares del Norte. Creí que la familia de los Hur había desaparecido de la tierra.
BEN. ¡Madre! ¡Madre! ¡Tirza querida! ¿Qué es de

vosotras? ¡Oh, tribuno, noble tribuno! Si sabes algo de ellas, dímelo; dime todo lo que sepas. Dime si viven, dónde están y cuál es su suerte. ¡Oh! Te lo suplico, dímelo. Tres años han transcurrido desde aquel horrible día, tres años, ¡oh, tribuno!, y cada hora ha sido para mí una existencia entera de desesperación, una vida entera de lucha contra la muerte, trabajada por el dolor. Y en todo ese tiempo, ni una palabra de ellas, ni una esperanza; ¡oh, si pudiéramos olvidar como se nos olvida! ¡Oh, si yo pudiera olvidar la desgarradora escena!... Mi hermana, arrancada de mis brazos... La última mirada de mi madre... Dime si han muerto, si debo perder para siempre la esperanza de reunirme con ellas en el mundo. Dime si han muerto, pues viviendo no pueden ser dichosas al saber mi infortunio. He oído su querida voz llamándome de noche; las he visto, caminando sobre las olas... ¡Nada tan verdadero como el amor de una madre! ¿Y Tirza? Su aliento era como el aroma del lirio; su cuerpo, como la más tierna rama de una palmera. ¡Tan inocente, tan graciosa, tan linda!... Me despertaba todas las mañanas, viniendo a cantarme. ¡Y mi mano fué la que causó su desgracia!

QUIN. Así, pues, ¿admites tu culpa?

BEN. ¿Has oído hablar del Dios de mis padres, del infinito Jehová? Por su verdad y omnipotencia, por el amor con que ha protegido a Israel desde el principio, juro que soy inocente. ¡Oh, noble romano! Dame una remota esperanza que ilumine las tinieblas del dolor que me rodean.

QUIN. *(Después de dar algunos pasos, pensativo, se detiene de pronto.)* ¿Te juzgó un tribunal?

BEN. No.

QUIN. ¿No hubo tribunal? ¿No comparecieron testigos?

BEN. Me sujetaron con cuerdas y me llevaron a un calabozo de la torre Antonia. No vi a nadie. Al siguiente día, los soldados me condujeron hasta un puerto, fuí embarcado en una galera, y desde entonces estoy al remo, sin descansar un solo día.

QUIN. ¿Qué podrías haber alegado en tu defensa?

BEN. Era un chiquillo, demasiado joven para conspirador. Grato era desconocido por completo para mí. Si hubiera intentado matarlo, no era aquel el momento ni el sitio oportunos. Era pleno día y marchaba rodeado de legiones. No hubiera podido escapar... Yo pertenecía a una clase amiga de Roma, mis padres habíanse distinguido por sus servicios al emperador. Teníamos mucho que perder. Mi ruina, la de mi madre y la de mi hermana, eran seguras. Y aun cuando no hubiera tomado en consideración esas poderosas razones —propiedad, familia, vida—, la conciencia, la ley, que para un hijo de Israel es como el aire para los pulmones, hubiera sido suficiente a detener mi mano, aun siendo fortísimo tan loco impulso. No estaba loco. La muerte era para mí preferible a la vergüenza, y créeme, te lo ruego, así es todavía.

QUIN. Pareces un hombre honrado y veraz; pero... *(Pausa.)* ¿Y no has vuelto a saber de tu familia? Es extraño.

BEN. Vi que los soldados se las llevaban, y nada más. Sacaron de la casa todo sér viviente, hasta los animales domésticos, y sellaron las puertas. El propósito fué que nadie pudiera volver a habitarla. ¡Estoy condenado al remo por toda la vida.

QUIN. Basta. Vuelve a tu puesto.

BEN. *(Se inclina, mira una vez más el rostro de Quinto Arrio, pero no ve en él un rayo de esperanza. Vuélvese despacio, para irse, y retorna otra vez.)* Si vuelves a acordarte de mí, ¡oh, tribuno!, no olvides que la única cosa que te he suplicado es una palabra acerca de los míos: mi madre y mi hermana. *(Se aleja.)*

QUIN. *(Siguiéndole con la mirada.)* ¡Por Pólux! Con aprendizaje, ¡qué hombre para arena del circo! ¡Dioses! ¡Qué brazo para la espada o para la manopla! *(Con voz de mando.)* ¡Alto! *(Ben-Hur se detiene. Quinto se le acerca.)* Si fueras libre, ¿qué harías?

BEN. El noble Arrio se burla de mí.

QUIN. No, por los dioses, no.

BEN. Entonces te contestaré gustoso. Tengo que cumplir un deber, el principal de mi vida, que yo sepa : buscar a los míos. Dedicaría a ese fin cada día, cada hora, y para procurar su dicha no omitiría nada, no habría para ellos esclavo más fiel. Han perdido mucho, pero, ¡por el Dios de mis padres!, les resarciría con creces.

QUIN. Yo hablaba a tu ambición. Si tu madre y tu hermana hubieran muerto o no las hallaras, ¿qué harías?

BEN. ¿Qué profesión seguiría?

QUIN. Sí.

BEN. Tribuno, te diré la verdad. El día de mi desgracia precisamente obtuve de mi madre permiso para ser soldado, y aun tengo el mismo modo de pensar. Ahora bien ; como en todo el mundo no hay más que una escuela militar, a ella iría.

QUIN. La palestra.

BEN. No. El campamento romano.

QUIN. Pero debes, en primer lugar, adiestrarte en el manejo de las armas. *(Transición.)* Vete ya, y no te forjes ilusiones recordando lo que hemos hablado. Acaso no he hecho sino bromear contigo. Y si tienes alguna esperanza, escoge entre el renombre del gladiador y el servicio del soldado. El primero, puedes conseguirlo con el favor del César ; en el segundo, no hay porvenir para ti, ¡no eres romano! Anda. *(Ben-Hur vuelve a su puesto. Quinto Arrio se acerca al jefe de los remeros y le dice:)* Al número sesenta déjalo sin cadenas. Trabaja mejor sin grillos. No se los pongas más. *(Sube a cubierta.)*

ESCENA VII

Dichos, el jefe de los soldados, Cayo, Léntulo.

J. DE S. En el horizonte se divisan unas velas.

CAYO. Serán las naves que ha de comandar Quinto Arrio.

LENT. Cada vez están más cercanas. Mirad.

CAYO. Por las trazas parecen barcos griegos.

J. DE S. Ahora se distinguen perfectamente. ¡Son las galeras piratas! Avisemos inmediatamente al tri buno Arrio.

QUIN. *(Apareciendo sobre cubierta.)* No hace falta; aquí me tenéis.

CAYO. Los piratas se acercan.

QUIN. Vamos a su encuentro. Traedme la armadura, el yelmo, el escudo y la espada. Va a sonar la hora del combate. Quemad el incienso en honor de los dioses. ¡Que ellos nos den la victoria! *(Se oye un sonoro toque de trompetas. Los marineros se arman de sus corazas y forman sobre cubierta, así como los soldados. Quinto Arrio se reviste de su armadura, se pone el yelmo, embraza el escudo y empuña la espada; después pasa revista a la dotación de la nave y examina las lanzas, jabalinas, espadas y demás armas que los soldados y marineros han amontonado en pabellones junto a las ánforas de aceite inflamable y pez, cubos de agua para caso de incendio, etc.)*

J. DE S. *(Al ver que Quinto Arrio se dispone a subir la escalera del puente.)* ¿Tus últimas órdenes son...?

QUIN. Las órdenes que no hay que dar a ningún romano: que cada cual cumpla con su deber.

J. DE S. ¡Vencer o morir!

QUIN. *(Desde la escalera.)* ¡Salve, Roma!

TODOS. ¡Salve! *(Sólo quedan en la cubierta los soldados y marineros que se crean convenientes para dar una impresión de realidad.)*

CAYO. *(En el camarote de los remeros, al jefe de los mismos.)* Hay que acelerar la marcha.

J. DE R. Bien. *(Cayo se va. El jefe golpea con más frecuencia y los remeros redoblan su trabajo.)*

ESCENA VIII

Ben-Hur, el jefe de los remeros, remeros, marineros, soldados

(Reina un gran silencio en la nave, esparciéndose por ella un grato olor a incienso.)

REM. 1.° *(Que va al lado de Ben-Hur.)* ¿No te han puesto la cadena?

BEN. No.

REM. 1.° ¡Gran suerte la tuya!

BEN. No durará mucho.

REM. 1.° ¡Quién sabe! ¿No era un tribuno el que antes te hablaba? Parecía interesarse por ti.

BEN. Parecía... *(Pausa.)*

REM. 1.° Huele a incienso.

BEN. Estaremos en víspera de batalla.

REM. 1.° ¿Te has encontrado en alguna?

BEN. Muchas veces; pero nunca las vi. La cadena me amarraba siempre al duro banco.

REM. 1.° Pero ahora...

BEN. ¿Qué quieres decir?

REM. 1.° Que si hay un combate, estás en condiciones de presenciarlo. *(Se oye un prolongado toque de trompeta.)*

BEN. ¡Anuncio de batalla! *(Comienza el combate. En el barco se produce una tremenda sacudida. Los soldados y marineros vacilan y alguno rueda sobre cubierta. Alzanse clamores y gritos de espanto, ahogados, en parte, por el sonido de las trompetas y el fragor de la batalla. Se oye un ruido de madera resquebrajada, hecha astillas. Los remeros se miran con terror pánico. Arriba resuena el grito de triunfo de los romanos. El clamoreo aumenta de un modo indescriptible; mézclanse al sonido de las trompetas y al estruendo de los vítores, crujidos siniestros, ayes terribles, exclamaciones de terror, lamentaciones y voces de mando. En la cubierta luchan con denuedo. Con frecuencia se ven pasar, conducidos a la cámara, soldados y marineros heridos o moribundos. La nave se para de repente. Los remos se escapan de las manos de los remeros, quienes son derribados de sus bancos. El tumulto crece. La confusión es enorme.)*

ESCENA IX

Dichos, piratas.

(Aparecen sobre cubierta unos cuantos piratas, y comienza el cuerpo a cuerpo. Los piratas llevan en la lucha la peor parte. Uno de ellos penetra en la cámara de los galeotes, y un soldado que le persigue le da muerte.)

BEN. ¡Un pirata! La nave ha sido abordada.

REM. 1.º Los romanos están combatiendo en su propia casa.

BEN. El noble Arrio estará defendiendo desesperadamente su vida; tal vez haya muerto. ¡Protégelo, Dios de Abraham! Las esperanzas y sueños que he concebido, ¿no serán más que sueños y esperanzas? Madre y hermana, casa, hogar, ciudad sagrada, ¿no volveré a veros de nuevo?

REM. 1.º Quizás se acerque el momento oportuno de tu libertad. Ni el deber ni el honor te retienen aquí.

BEN. Cierto. El honor y el deber me ordenan que sea libre... Pero una sentencia romana me encadena al remo. Mientras esa sentencia subsista, es inútil mi fuga; en todo el mundo no hallaría un rincón para mi refugio fuera del alcance de la venganza romana.

REM. 1.º ¡Huye! Si encuentras la muerte, ¿qué? ¿No es preferible la muerte a esta esclavitud? ¡Dichoso el que la encuentra! Es nuestra libertadora.

BEN. ¡Tienes razón! *(Corre hacia la escalera. El jefe de los remeros pretende detenerlo, pero él, de un puñetazo, lo tira. Cuando ha desaparecido, el jefe de los remeros corre tras él. Un momento se le ve sobre cubierta, desapareciendo cuando el jefe de los remeros pone el pie en aquélla. Un pirata lucha con el jefe de los remeros y éste cae. Los galeotes intentan romper sus grillos, y al convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos lanzan aullidos de frenética desesperación.)*

ESCENA X

Ben-Hur, Quinto Arrio, remeros, soldados, marineros, piratas.

(Aparece Ben-Hur, llevando sobre sus hombros a Quinto Arrio, herido y sin conocimiento. Vence a un pirata que le cierra el paso y corre a la cámara de los galeotes. Una vez en ella, le quita el yelmo y la coraza.)

BEN. ¿Habrá muerto? No... El corazón palpita, aunque débilmente. La herida, al parecer, es de poca importancia; pero el golpe debió de ser terrible. ¡Sálvalo, Jehová, sálvalo!

QUIN. *(Volviendo en sí.)* ¿Hemos triunfado?

BEN. Aun no, tribuno; pero la victoria está cercana.

QUIN. ¡Que los dioses nos sean propicios! Llévame al puente.

BEN. Perdona, noble Arrio, que no te obedezca.

QUIN. Mi deber y mi honor están allí.

BEN. Pero tu estado te imposibilita para el combate. La temeridad está reñida con el verdadero valor.

QUIN. Cierto.

BEN. Tu muerte haría decaer el espíritu de tus soldados. Roma te manda vivir.

QUIN. Sea: viviré hasta que se decida la victoria. Si es de los piratas, moriré; soy demasiado viejo para sobrevivir a la deshonra. Ha de decirse en Roma, si la fortuna me es adversa, que Quinto Arrio se hundió con su nave, cual corresponde a un tribuno romano. Nuestra salvación depende del resultado del combate.

BEN. ¿La mía también?

QUIN. También. Comprendo lo mucho que has hecho por mí; me has salvado la vida con riesgo de la tuya, lo reconozco, y suceda lo que suceda, puedes contar con mi agradecimiento.

BEN. ¡Oh, noble tribuno!

QUIN. Más que agradecimiento tendrás. Si la fortuna me sonríe, bondadosa y propicia, haré por ti

cuanto puede hacer un romano con valimiento y oportunidad para demostrar su gratitud. *(Pausa.)* ¿Eres realmente hijo de Hur, el judío?

BEN. Lo soy, como ya te dije.

QUIN. Conocí a tu padre. *(Se oyen toques de trompetas y gritos de triunfo. Aparecen sobre cubierta el jefe de los soldados y los oficiales.)*

ESCENA XI

Dichos, el jefe de los soldados, Cayo, Léntulo.

QUIN. ¿Oyes? La victoria es nuestra. Seré decumviro, y tú... Conocí a tu padre, y le quise. Era, verdaderamente, un príncipe. El me enseñó que un hebreo no es un bárbaro. Te llevaré conmigo y te introduciré en el mundo imperial. ¿Cómo? Pronto has de saberlo. Da gracias a tu Dios, y llama a mis soldados. ¡Apresúrate!

BEN. *(Corre a cubierta, apareciendo sobre ella.)* Romanos, el noble Arrio, que se encuentra herido en el camarote de los remeros, os llama. *(Vuelve al camarote, seguido de todos.)*

J. DE S. Tu gloria es completa, ¡oh, noble tribuno!

QUIN. ¡Nuestra gloria! *(Pausa.)* Os he llamado para celebrar juntos el triunfo, y para deciros que este hombre me ha salvado la vida, con grave exposición de la suya.

CAYO. ¡Un esclavo!

QUIN. Lo fué. Desde ahora, he aquí mi hijo y heredero, quien, así como tomará posesión de mis cuantiosos bienes, llevará también mi nombre. Os ruego que le queráis como me queréis a mí. *(Ben-Hur abraza estrechamente a Quinto Arrio.)*

LENT. ¡Salve, Quinto Arrio!

TODOS. ¡Salve!

TELÓN

ACTO TERCERO

Una plaza en Antioquía. A la izquierda, la casa de Simónides. Al fondo, el puerto. Es de día.

ESCENA I

Ben-Hur, un Mercader.

BEN. La paz del Señor te acompañe.
MER. Y sea contigo. ¿Qué deseas?
BEN. Que satisfagas mi curiosidad, si te es posible.
MER. Di.
BEN. Acabo de llegar a Antioquía, y al cruzar el puerto he visto unas naves que desplegaban banderas amarillas. ¿Qué significan esas banderas?
MER. No indican nacionalidad; son simplemente el distintivo de su propietario.
BEN. ¿Tiene muchas naves?
MER. Muchas.
BEN. ¿Le conoces?
MER. He comerciado con él. Vive en Antioquía. Sus enormes riquezas son notorias; pero los comentarios que se hacen respecto al origen de ellas no siempre le son favorables. Tú sabrás que existió en Jerusalén un príncipe de noble y antiquísima estirpe, llamado Itamar Ben-Hur.
BEN. He oído hablar de él.
MER. El príncipe poseía el genio de los negocios.
BEN. Tengo entendido que acometió muchas empresas en el lejano Oriente y en Occidente, habiendo establecido sucursales en todas las grandes ciudades.
MER. Cierto. Al frente de la de Antioquía puso a un hombre que había sido su esclavo, según voz pública, llamado Simónides, griego por el nombre, pero israelita de nacimiento y religión. Cuando murió el príncipe otra nueva desgracia sobrecogió a su familia: el único hijo que dejaba por

heredero intentó matar al procurador Valerio Grato en las calles de Jerusalén. La venganza del romano se extendió a toda la familia, cuyos bienes fueron confiscados. Valerio se curó la herida aplicándose una cataplasma de oro.

BEN. ¿Eso significa que él se adjudicó los bienes confiscados?

MER. Así dicen. Simónides se puso a negociar por cuenta propia, y en brevísimo plazo llegó a ser el primer mercader de la capital. Imitando a su dueño, envió caravanas a la India, y al presente tiene en los mares tantas galeras, que bastarían para formar una flota imperial.

BEN. ¿Y qué se hizo de la familia del príncipe?

MER. El muchacho fué condenado a galeras. Puedo decir que ha muerto ; un año es el límite ordinario de vida para los galeotes. De la viuda y la hija, nada se dice ; sin duda murieron en alguna prisión de Judea.

BEN. Tu historia ha despertado en mí la curiosidad de ver a Simónides. ¿Dónde le hallaré?

MER. Ahí enfrente vive. Puedo evitarte un desengaño : no es prestamista.

BEN. Ni yo solicito préstamos. No obstante, agradezco tu advertencia.

MER. La paz de nuestros padres sea contigo. *(Se va.)*

BEN. Ahora, ahora sabré de ellas, de mi madre y de mi hermana. ¡Si están en el mundo, yo las encontraré !

ESCENA II

Ben-Hur, Simónides, Ester.

BEN. Si eres israelita, como parece, que la paz del Señor sea contigo y con los tuyos.

SIMO. Israelita soy, y te devuelvo el saludo, con el ruego de saber lo que deseas de mí.

BEN. Que me digas si está en su casa Simónides, el mercader.

SIMO. Soy ese Simónides de que hablas.

BEN. Y yo, Judá, hijo de Itamar Ben-Hur, príncipe de Jerusalén.

SIMO. Los príncipes de Jerusalén son siempre bien venidos para mí; selo tú. Acércate, Ester.

BEN. ¿Eres de la familia de Simónides?

ESTER. Su hija.

BEN. Pues bien, hermosa Ester, permanece junto a nosotros. Cuando tu padre me haya oído mi última palabra, no me apreciarás menos. Simónides: mi padre, al morir, tenía un esclavo fiel, de tu nombre, y se me ha dicho que eres tú. *(Pausa.)*

SIMO. Si el que te ha referido lo que acabas de decirme era un amigo, conocedor de mi historia, y no trató de desfavorecerme, debía de haberte persuadido de que soy en extremo desconfiado, por efecto de mi amarga experiencia. El Dios de Israel tenga compasión de quien, al término de su vida, como yo, se ve forzado a obrar con desconfianza. Mis amores han sido pocos, pero perduran. Uno de ellos es un alma que, hasta ahora, ha sido completamente mía, y que es tan dulce consuelo para mí que, si me faltase, causaría mi muerte. *(La mejilla de Ester roza el rostro del anciano.)* El otro amor no es más que un recuerdo, del cuál sólo diré que, como bendición del Señor, podría abrazar a toda una familia, si yo supiese dónde se halla.

BEN. ¡Mi madre y mi hermana! ¡Oh! De ellas hablas.

SIMO. Escúchame hasta el fin. Porque soy quien soy, y por los amores de que te he hablado, voy a responder a tu pregunta acerca de mis relaciones con el príncipe Ben-Hur; y para ello, antes que nada, es preciso que me pruebes quién eres. ¿Tienes documentos que acrediten tu personalidad? ¿Tienes personas que atestigüen tu identidad? ¡Las pruebas! ¡Las pruebas! Preséntalas ante mí; ponlas en mis manos.

BEN. No tengo pruebas que presentarte. Los tres años que pasé en galeras me privaron de toda identificación. No sabiendo el paradero de mi madre y de mi hermana, no tengo quien pueda responder por mí para acreditar mi personalidad. Pero

prométeme que me escucharás con benevolencia, y que suspenderás todo juicio hasta el fin.

SIMO. Habla, y te escucharé con gusto, pues no he negado que seas la persona que afirmas. Me limito a dudar.

BEN. Escucha. Siendo galeote, salvé la vida al tribuno Quinto Arrio, que me adoptó como hijo suyo con todas las formalidades de la ley. Ningún hijo hubo nunca más fiel para con su padre como yo lo fuí con él. Le amaba, y además pensé que podría, con su ayuda e influencia, encontrar algún día a mi madre y a mi hermana. Arrio, que era riquísimo entre los ricos de Roma, dejóme, al morir, todos sus bienes. Yo, que me adiestré en la palestra, en los circos, en el campo de Marte, hice ilustre su nombre, pero no el de mis padres. ¡Ben-Hur era romano! Pero, ¿puede un hebreo olvidar su religión, el lugar de su nacimiento, y más si es éste la Ciudad Santa? Mi anhelo fué siempre instruirme en las artes de la guerra, para pelear algún día por el Dios de Israel. Dejé Roma por Antioquía, porque, fuerte y poderoso ya, podía llevar a cabo mi venganza. Y me he dirigido a ti para que tú me ayudes a buscar a mi familia, sólo para eso, Simónides, que para mi venganza me bastan el empuje de mi dolor, la fortaleza de mi brazo y la riqueza de mis tesoros.

SIMO. Veo claramente las dificultades de tu posición; pero continúas sin probarme que eres Ben-Hur.

ESTER. ¿Por qué, padre?

BEN. *(Al ver que la doncella tiene los ojos empapados de lágrimas.)* Hija de Simónides, tu corazón es bondadoso y tierno, pues te compadeces de un extranjero de quien desconfía tu padre. ¡Bendita seas por nuestro Dios! *(A Simónides.)* Como no puedo demostrarte que soy Ben-Hur, retiro la pregunta que te hice y me voy, ¡oh Simónides!, para no molestarte más. Sólo quiero que sepas que no deseaba tu vuelta a la esclavitud, ni contaba con tu fortuna. En cualquier caso lo hubiera dicho como ahora lo digo. Todo lo que es

producto de tu trabajo y de tu genio, tuyo es; guárdalo, no lo necesito. Si alguna vez, pues, piensas en mí, acuérdate de esta pregunta, que, lo juro por los profetas y por Jehová, tu Dios y el mío, es el principal objeto de mi venida aquí. ¿Qué sabes, qué puedes decirme de mi madre y de Tirza, mi hermana, la que será, si vive, tan hermosa y amable como tu hija, consuelo de tu vida, si no es tu vida misma? ¿Qué puedes decirme de ellas?

SIMO. He dicho que conocí al príncipe Itamar. Recuerdo la desgracia que ocurrió a su familia y la pena que experimenté al saberla. Todavía te diré que hice bastantes pesquisas para averiguar su paradero, pero nadie me supo dar razón de la viuda de Hur ni de sus hijos.

BEN. ¡Otra esperanza frustrada! Estoy acostumbrado a los desengaños. Pero ahora, más que nunca, consagraré mi existencia a la venganza. ¡Adiós! *(Se va.)*

SIMO. La paz sea contigo.

ESCENA III

Simónides, Ester.

SIMO. Cuando el joven hablaba, te observé y pensé que te inclinabas de su parte.

ESTER. Su relato parecióme verdadero, padre. Le creí.

SIMO. ¿A tu juicio, entonces, es, en efecto, el último descendiente de los príncipes de Hur?

ESTER. Si no lo es...

SIMO. ¿Qué?

ESTER. He sido tu sierva, padre mío, desde que mi madre respondió al llamamiento del Señor. A tu lado siempre, te he visto tratar con toda clase de hombres diversos asuntos, y he aprendido a distinguir lo verdadero de lo falso. Pues bien, te aseguro que si ese joven no es realmente el príncipe Ben-Hur, nunca la mentira se habrá disfrazado tan bien con los atributos peculiares y exclusivos de la verdad.

SIMO. Tu corazón es bueno, Ester; bueno como el de tu madre, y deseo que no tenga el mísero destino de los más nobles corazones: el de ser pisoteado por los despiadados y por los ciegos. Pero óyeme algo más. Tú sabes que busqué a la familia de Hur para entregarle los cuantiosos tesoros de su pertenencia que yo tenía en mi poder.

ESTER. Cierto.

SIMO. Que fueron inútiles mis pesquisas, y que, antes que entregar al miserable Valerio Grato los millones del príncipe, preferí comerciar con ellos y los multipliqué. Si ese israelita es Ben-Hur, ¿qué hago con mis tesoros?

ESTER. Padre mío, ¿no ha venido a preguntar por esos bienes su legítimo dueño?

SIMO. ¿Y tú, hija mía? ¿Te dejaré en la miseria?

ESTER. No, padre mío, no me dejarás. ¿No soy hija de esclavos perpetuos? ¿No se ha escrito de ellos que la fuerza y el honor son sus únicos vestidos, y su sólo regocijo el tiempo futuro?

SIMO. El Señor ha sido bueno conmigo por muchos conceptos; pero tú, Ester, eres el don más soberanamente magnífico de cuantos me ha proporcionado.

ESTER. ¿Volverá el príncipe?

SIMO. Volverá. Cuando perdemos la esperanza primera, nunca damos por perdidas todas las esperanzas. Volverá. El cree que todos los testigos murieron, pero aquí, en Antioquía, hay uno viviente, que no dejará de reconocerle si es, en verdad, el hijo de mi amo.

ESCENA IV

Dichos, Ilderim, siervos de éste.

ILDE. ¡Maldito romano! ¡Oh!, loco de mí, que me he fiado de un romano.

SIMO. ¿Qué grave mal te ocurre, poderoso jeque?

ILDE. Contraté a un romano para que guiara mi carro

en las carreras de esta tarde. Me juró que mis caballos correrían velozmente, como águilas, y dóciles como borregos. Me lo juró por todos sus bastardos dioses latinos. Le contraté como auriga ; y ahora, al hacer la prueba, ha desordenado los caballos y ha puesto de manifiesto su inutilidad.

SIMO. ¿Por qué no contratas otro?

ILDE. Lo contrataré, sí. Pero el momento de las carreras se acerca, y no es cosa fácil encontrar un buen auriga en tan poco tiempo. *(A sus siervos.)* Lanzad un pregón ; decid a todos los vientos que si hay quien quiera guiar mi carro dignamente y a satisfacción mía, será enriquecido para siempre.

SIMO. Depón tu ira, poderoso Ilderim. Encontrarás el auriga que deseas. Tu oferta es grandiosa.

ILDE. Lanzad el pregón. Corred, volad, hijos míos. *(Se van los siervos.)*

SIMO. Si quieres descansar, entra en mi casa.

ILDE. Agradezco tu hospitalidad, ¡oh buen Simónides!, y la acepto.

SIMO. Entra, en el nombre de Dios. *(Entran en la casa de Simónides.)*

ESCENA V

Iras, Messala, Cecilio, Druso.

CECI. El prefecto ha dado gran publicidad a las carreras de esta tarde.

MES. ¡Oh, sí! Serán espléndidas.

DRU. No cabe dudar que los juegos serán lucidísimos y de fastuosidad extraordinaria.

CECI. Los premios ofrecidos son, en verdad, dignos de un rey.

IRAS. La victoria será tuya, ¡oh, Messala mío!

MES. Los dioses hagan que así sea. ¿Cuántos somos, por fin, los competidores?

DRU. Aquí tengo la lista ; escucha. Carro de Lisipo : auriga, Lisipo. Carro de Messala : auriga, Mes-

sala. Carro de Diceo: auriga, Diceo. Carro de Ilderim: sin auriga.

MES. *(Riendo.)* El viejo Ilderim perderá sus barbas del disgusto. ¿Hay muchas apuestas?

CECI. Las tablillas están cubiertas de notas; hay apuestas en todos los juegos, con excepción de las carreras de carros.

MES. ¿Por qué?

IRAS. ¡Y lo preguntas, oh, Messala! Porque nadie quiere arriesgar su dinero contra ti.

DRU. Nadie cree posible tu derrota.

CECI. ¡Por Júpiter! ¿No fueron tus caballos vencedores en el Circo Máximo, de Roma?

DRU. Y, además, ¿no eres el único romano que va a tomar parte en las carreras?

IRAS. ¿No son conocidas de todos tu destreza y tu habilidad?

MES. ¡Por Baco, que acabaréis confundiéndome con vuestros elogios! Si la victoria es mía, contad, ¡oh, amigos!, con una bacanal en mi palacio.

CECI. ¡Salve, Messala triunfador!

TODOS. ¡Salve!

MES. Mis laureles serán para tí, mi hermosa Iras.

IRAS. ¡Oh, Messala mío! ¡Que los dioses me den esa nueva prueba de tu amor. *(Se van.)*

ESCENA VI

Ben-Hur, un siervo.

(Ben-Hur mira, estático, la casa de Simónides. Después se decide a entrar, y sube los escalones que conducen al pórtico. Una vez en éste, cambia de resolución, y al descender rápidamente, tropieza con un siervo que sube.)

SIER. Perdona, ¡oh, señor!

BEN. Tuve yo la culpa.

SIER. La culpa siempre es de los esclavos, señor.

BEN. ¿Eres siervo de Simónides?

SIER. Lo soy de un poderoso del desierto, que habita más allá del Moal y tiene rebaños de camellos y

caballos que se dice son descendientes de los favoritos del primer Faraón. El jeque Ilderim, por nombre y título.

BEN. Acabo de visitar sus caballerizas, y, por mi padre Abraham, de bendita memoria, que nunca vi caballos como los suyos.

SIER. El poderoso Ilderim los trajo a Antioquía para correr en las carreras de carros que esta tarde se celebrarán en el circo.

BEN. Y obtendrá con ellos un ruidoso triunfo. Los caballos de tu señor son espléndidos. Si son guiados por un buen auriga, vencerán de seguro.

SIER. Mi señor carece aún de auriga. Sabiendo que se encuentra con Simónides, venía a decirle que nadie se ofreció todavía para conducir sus caballos esta tarde.

BEN. ¡Mala fortuna la de tu amo! *(El siervo se va.)* Cuando salga Ilderim buscaré de nuevo a Simónides. *(Se va.)*

ESCENA VII

Messala, Cecilio, Druso, Ilderim, Simónides, Ester, siervos, gente de Antioquía. Al final, *Ben-Hur.*

MES. ¿Qué ruido es ese?

UNO. Los siervos del jeque Ilderim, que se aproximan, seguidos del pueblo.

DRU. ¿Tanta curiosidad despiertan?

OTRO. Figúrate. Ofrecen hacer rico a quien se atreva a conducir la cuádriga del jeque, y nadie acepta.

CECI. *(A Messala.)* Todos te temen.

DRU. Escucharemos el pregón. Mira: ahí sale Ilderim acompañado de Simónides.

MES. Simónides podría servirle de auriga. *(Ríen.)*

CECI. Yo me prestaría a serlo si me diesen como premio la posesión de la hermosa Ester. *(Llegan los siervos, rodeados de gente del pueblo. Ilderim habla con sus esclavos. Messada continúa hablando con sus amigos, riendo todos de cuando en cuando.)*

ESTER. ¿Crees que volverá?

SIMO. Si es el hijo de mi amo, volverá. ¿Deseas tú que venga, Ester?

ESTER. Sí.

SIMO. ¿Por qué? ¿Puedes decírmelo?

ESTER. ¿Por qué? Porque... el joven... es...

SIMO. Sigues pensando que no debí dejarle partir sin decirle: ven y tómanos a nosotros y a todo lo que tenemos. Te interesas mucho por él, sin pensar por un momento, ¡tan buena eres!, que la realización de tus deseos nos llevaría a la ruina y a la esclavitud.

ESTER. No hables así; permíteme pensar mejor de él. Sabe lo que es sufrir, y nos haría libres.

SIER. *(Gritando a guisa de pregón.)* ¡Hombres de Oriente y de Occidente, escuchad! El buen jeque Ilderim os saluda. Con cuatro corceles, hijos de los favoritos de Salomón el Sabio, ha venido para competir con los mejores. Necesita un auriga. Quien quiera encargarse de guiarlos dignamente y a satisfacción del jeque, será enriquecido. Aquí y allá, en la ciudad y en el circo, donde quiera que se congreguen hombres fuertes, haced pública esta oferta. Así lo desea mi señor, el jeque Ilderim el generoso. *(La proclama despierta un gran murmullo.)*

CECI. Correrá la cuádriga del romano Messala. ¿No hay quien quiera vencer al vencedor del Circo Máximo, de Roma?

MES. ¿No hay quien se atreva a correr contra mí?

BEN. *(Gritando.)* ¡Yo! *(Abriéndose paso entre la multitud, se coloca en el centro de la escena, mirando a Messala con actitud retadora.)* Yo me comprometo a conducir esta tarde el carro de Ilderim. *(Messala, que se ha quedado tan sorprendido como los demás personajes, reacciona y, reconociendo a Ben-Hur, le mira fijamente. Ambos sostienen sus miradas; la de Ben-Hur dice odio; la de Messala, desprecio. La multitud permanece silenciosa.)*

SIMO. *(A Ester.)* El único testigo que hay en Antioquía capaz de reconocer a Ben-Hur, acaba de reconocerle.

ESTER. ¿Messala?
SIMO. Sí, hija mía. Ese joven es el hijo de mi amo.
ESTER. ¡Loado sea nuestro Señor! *(Messala pone, como broche a su mirada, una carcajada de desprecio, y acompañado de sus amigos, que ríen también, se va. El pueblo rompe a hablar, con bulliciosa algarabía, y va desapareciendo de escena lentamente.)*
BEN. *(Al siervo.)* ¿Dónde está tu señor?
SIER. Ahí le tienes. *(Desaparece con los demás siervos.)*

ESCENA VIII

Ben-Hur, Ilderim, Simónides, Ester.

BEN. Perdona, ilustre jeque, que distraiga tu atención. Y perdonad vosotros también.
ILDE. Has aceptado mi oferta; ahora sólo falta que yo te crea útil. Ante todo, dime: ¿Quién eres?
BEN. El hijo de Quinto Arrio, decumviro de Roma, ya muerto.
ILDE. El decumviro era romano, y tú, sin embargo, vistes a la hebrea.
BEN. El ilustre Arrio era mi padre por adopción; yo soy hebreo, de la tribu de Judá.
ILDE. ¿Conoces mis caballos?
BEN. Un solo instante los he visto; pero aquella ojeada me bastó para apreciar sus maravillosas condiciones.
ILDE. ¿Tienes suficiente práctica?
BEN. No temas; los vencedores en el Circo Máximo deben sus laureles, de tres años a esta parte, a mi condescendencia únicamente. Pregúntalo, pregúntaselo a ellos mismos, y te dirán que es así. En las últimas carreras, el mismo emperador me ofreció su protección, si me prestaba a guiar sus caballos.
ILDE. ¿Y no aceptaste?
BEN. No; soy hebreo, y aunque llevo un nombre romano, no me atreví a tomar una profesión de la cual tendría que avergonzarme en los pórticos

y patios del templo. Nada me impedía adiestrarme en las palestras, pero al hacer del ejercicio una profesión circense, hubiera cometido una abominación. Si quiero tomar parte en esta carrera, puedo jurarte, ¡oh, Ilderim!, que no lo hago por la ganancia o por el premio ofrecido al vencedor.

ILDE. ¡Alto! No jures. El premio consiste en diez mil sextercios... Una fortuna.

BEN. No para mí, aunque el prefecto la multiplicase cincuenta veces. Mejor que eso, mejor que todas las rentas imperiales desde el primer año del primer César, es para mí la venganza.

ILDE. ¿Cómo?

BEN. Sí, poderoso jeque; necesito vencer a mi enemigo, humillarle públicamente. La venganza está permitida por mi ley. Te juro por la alianza que el Señor hizo con mis padres, que si tú me proporcionas la venganza que busco, el dinero y la gloria del triunfo serán para ti.

ILDE. ¿Y quién es tu enemigo?

BEN. Un hombre que me hizo desgraciado, que desoyó las súplicas de mi madre y se burló de mi dolor. Un hombre que sabe y guarda el secreto que yo compraría al precio de mi sangre. El podría decirme si vive mi madre, y dónde está, y cuál es su suerte. Si ella y mi hermana han muerto, él podría decirme dónde, de qué murieron y en qué lugar reposan sus huesos.

ILDE. ¿Y no lo dirá?

BEN. No.

ILDE. ¿Por qué?

BEN. Soy hebreo y él es romano.

ILDE. Pero los romanos tienen lengua, y los hebreos, aunque tan despreciados, medios para desatarla.

BEN. Además, es un secreto de Estado. Los bienes de mi madre fueron confiscados y repartidos entre sus verdugos.

ILDE. ¡Me asombra que no le hayas matado!

BEN. Eso hubiera sido ponerle en la imposibilidad de servirme. La muerte, tú lo sabes, guarda los secretos mejor que un culpable romano. No quiero

quitarle la vida. Al menos por ahora, sírvale de salvaguardia contra esa resolución extrema el secreto que posee. Sin embargo, puedo castigarle, y si tú me ayudas, le castigaré.

ILDE. ¡Basta! Si en la raíz de tu lengua se oculta la mentira, ni el mismo Salomón hubiera estado a salvo de engaño contra ti. Te creo, y te ayudaré. Mi carro está a tu disposición.

BEN. ¡Oh! ¡Gracias, poderoso Ilderim!

ILDE. Elige la forma de juramento que gustes, y lo prestaré.

BEN. Dame tu mano; eso me basta. *(Se estrechan la mano.)*

ILDE. Mis caballos te esperan en el Huerto de las Palmas, donde tengo instaladas mis tiendas.

BEN. No faltaré.

ILDE. Que la paz del Señor sea con vosotros.

SIMO. *Que ella te acompañe. (Mutis de Ilderim.)*

ESCENA IX

Ben-Hur, Simónides, Ester.

(Ben-Hur, pensativo, ve marchar a Ilderim; su mirada se pierde en la lejanía del puerto, y su figura adquiere la inmovilidad de una estatua.)

SIMO. ¿En qué piensas, Ester? Si tu pensamiento tiene la forma de un deseo, dímelo.

ESTER. No quiero que se presente en el Circo.

SIMO. ¿Por qué, hija mía?

ESTER. No es ese el lugar para un hijo de Israel.

SIMO. Ese joven es el dueño de nuestra fortuna. Sin embargo, no me consideraba pobre, porque me quedaba tu amor. Dime, ¿también es dueño de eso? Habla, Ester; seré más fuerte cuando lo sepa. Todavía tengo fuerzas.

ESTER. Consuélate, padre; nunca te abandonaré. Aunque tome mi amor, seré siempre, como ahora, tu sierva. Además, el amor necesita correspondencia para alimentarse. Parecióme hermoso a la vista; su voz suplicante excitaba mi compasión,

y tiemblo al pensar que puede correr algún peligro. Si no comprende mi amor, esperaré o me resignaré, acordándome de que soy tu hija.

SIMO. Bendición del Señor eres, Ester; bendición que me hace rico aun perdiéndolo todo. *(Pausa.)* ¡Ben-Hur!

BEN. ¿Eres tú quien así me llama, Simónides?

SIMO. Yo, que te creo el hijo de mi amo. En el mundo no hay quien pueda odiar a Messala tanto como tú.

BEN. Tienes razón.

SIMO. Quiero que exista entre nosotros una perfecta inteligencia; tenemos que aclarar nuestra respectiva situación. Dos son los puntos principales que hay que aclarar: la propiedad, primeramente, y luego nuestras relaciones. *(Sacando un pápiro y entregándoselo.)* Aquí tienes la relación de las cantidades que obran en mi poder, pertenecientes a la casa de Hur, y que salvé de la confiscación romana. Era dinero solamente, y se hubieran apoderado de él a no estar, según la costumbre hebrea, en libranzas sobre los mercados de Roma, Alejandría, Damasco, Cartagonova, Valencia y otras plazas. Lee.

BEN. Más tarde, ¡oh, Simónides!, leeré este documento. Por lo pronto, me basta con conocer el resumen.

SIMO. Ciento veinte talentos. De este total me encargué por mí mismo y negocié con él, obteniendo una ganancia, hasta el día, de quinientos cincuenta y tres talentos, que, sumados a los ciento veinte del capital original, dan un resultado de seiscientos setenta y tres talentos, todos tuyos, haciéndote, ¡oh, hijo de Hur!, el hombre más rico del mundo. Ya no hay nada, no hay nada que no puedas hacer.

BEN. Esto es como una luz del cielo enviada para alumbrar mi camino en una noche tan larga y tan oscura que ya me figuraba sería eterna. Doy gracias al Señor, que no me ha abandonado, y después a ti, ¡oh, Simónides! Tu fidelidad compensa la crueldad de los otros y redime la naturale-

za humana. Nada hay que no pueda hacer, has dicho ; ¡ sea ! ¿ Habrá alguien en esta hora de poderoso privilegio, que me venza en generosidad? Sírveme de testigo tú, Ester, ángel bueno de este hombre bueno. Sólo quiero que me entregues, ¡ oh, Simónides !, los ciento veinte talentos que pentenecían a mi padre ; los quinientos cincuenta y tres talentos que ganaste tú, te los devuelvo, haciéndolos todos tuyos, y sellando mi donación para ti y todos tus descendientes, por siempre, con una sola condición : que me ayudes con tu inteligencia y con tus bienes a buscar a mi madre y a mi hermana.

SIMO. Veo tu buena voluntad, y agradezco al Señor que me haya enviado un amo como tú. Si serví bien a tu padre en vida, y después a su memoria, no temas que te falte a ti ; pero no puedo, me es imposible aceptar tu generosidad. Aun no te rendí cuentas de todo. Toma este otro pliego y lee ; lee en voz alta.

BEN. *(Leyendo.)* «Lista de los esclavos de Hur, al cuidado de Simónides, administrador de sus bienes : Primero : Amrah, egipcia, guardián del palacio de Jerusalén ; segundo : Simónides, administrador de la casa, en Antioquía ; tercero : Ester, su hija...» *(Dejando de leer.)* Un hombre con seiscientos talentos es, realmente, riquísimo y puede hacer lo que quiera ; pero más raro que el dinero, más precioso que las propiedades, es la inteligencia que acumuló tal riqueza, y el corazón que la fortuna no logró corromper. ¡ Oh, Simónides, y tú, bella Ester, no temáis ! Os declaro libres desde este momento, y os prometo legalizar vuestra libertad en una escritura. ¿ No es bastante? ¿ Puedo hacer más?

SIMO. Hijo de Hur, verdaderamente tu bondad hace agradable la esclavitud ; pero estás en un error. Hay algunas cosas que no puedes hacer, y una de ellas es darnos la libertad legalmente. Soy esclavo tuyo de por vida, y mi hija también.

BEN. Era ya rico por los dones del generoso Arrio, y ahora acumulo otra fortuna mayor y la inteligen-

cia que la ha sabido acumular. ¿No habrá en todo esto un propósito divino? Aconséjame, ¡oh, Simónides! ; ayúdame a ver lo que debo hacer ; ayúdame a ser digno de mi nombre, y así como tú eres mío por la ley, yo seré tuyo, de hecho, hasta la muerte ; seré tu esclavo de por vida.

SIMO. ¡Oh, hijo de mi querido amo! Seré más que tu consejero y ayuda ; te serviré con todas mis energías. Te lo juro por el altar de nuestro Dios y las ofrendas de su altar. Sólo te pido que me confirmes en el puesto que hasta hoy asumí.

BEN. Nómbralo.

SIMO. Administrador de tus bienes.

BEN. Lo eres desde este instante. ¿Quieres el nombramiento por escrito?

SIMO. Me basta tu palabra, como me bastó la de tu padre ; no quiero más del hijo que del padre. Y ahora, si nuestra inteligencia es perfecta...

BEN. Lo es por mi parte.

SIMO. Habla tú, hija mía ; habla tú.

ESTER. No soy de superior condición que mi madre ; y, pues que ella falta, te suplico, ¡oh amo mío!, que me permitas cuidar de mi padre.

BEN. Eres una buena hija, hermosa Ester. Haz tu voluntad.

ESTER. Gracias, señor.

SIMO. Respecto a las carreras de esta tarde... Apostarán todos por Messala, y en su desprecio a todo lo que no es romano, concederán dos, tres, cinco contra uno a favor de Messala, sólo porque éste es hijo de Roma. No está bien hecho que un hebreo de buena reputación en el templo apueste ; pero en confianza, yo tengo un amigo llamado Sembalat, que aceptará apuestas de tres, de cinco, de diez contra uno ; que a tanto no creo que llegue la locura romana. Pondré a su disposición seis mil siclos.

BEN. No, Simónides ; el romano no apuesta más que en su moneda. Abrele un crédito por cuantos sextercios desee, y dile que apueste contra Messala mismo y contra todos sus amigos. La cuadriga de Ilderim contra la de Messala.

SIMO. La cuestión es concentrar toda la atención, todo el interés sobre ti, apostando muy fuerte contra él. Si aceptan las apuestas, tanto mejor.

BEN. ¿Podré recuperar lo que me robaron? No tendré ocasión como ésta. Si pudiera quebrantar mi fortuna como su soberbia... Nuestro padre Jacob no podría llevarlo a mal. No te importe el número de sextercios; por talentos, si es preciso: cinco, diez, veinte talentos; hasta cincuenta, si la apuesta es con el mismo Messala. Dios está con nosotros.

SIMO. Sin pérdida de tiempo voy a entenderme con mi amigo Sembalat.

BEN. Ve, buen Simónides, no te detengas. Dile que mi corazón sólo vive para esta lucha, sólo ansía la ruina total de mis enemigos. ¡Apresúrate! *(Mutis de Simónides.)*

ESCENA X

Ben-Hur, Ester.

ESTER. Has sufrido mucho, señor; has sobrevivido a las asechanzas de tus enemigos; padeciste durante toda tu juventud... ¿Por qué no gozar de los días que te quedan?

BEN. ¿Qué desearías que hiciese, Ester?

ESTER. ¡Oh, amo mío!

BEN. ¡No, Ester, no! No me llames así; llámame amigo, hermano, si quieres. No soy tu amo, ni lo seré nunca. Llámame hermano.

ESTER. No puedo comprender cómo prefieres una vida...

BEN. De lucha, y acaso de sangre.

ESTER. Sí. ¿Cómo prefieres tal vida a la que podrías disfrutar en Roma?

BEN. Estás en un error, hermosa Ester; no se trata de preferir. ¡Ay! El romano no permite elección. Voy a ella por necesidad. Permanecer aquí es morir; y si me voy allá, mi fin será el mismo: una copa envenenada, la espada de un asesino mercenario, la sentencia de un juez sobornado... Messala y el procurador Grato son ri-

cos, merced al botín de mis bienes paternos, y el temor de perder su fortuna les impulsará a todos los extremos.

ESTER. Entonces, ¿todo es inútil? ¿Nada puede hacerse? ¿Nada?

BEN. *(Tomando entre las suyas una mano de Ester.)* ¿Te interesas mucho por mí? *(Se dirigen a la casa de Simónides.)*

ESTER. Sí. *(Ben-Hur aproxima a sus labios la mano de Ester y la besa. Mutis.)*

ESCENA XI

Messala, Iras.

MES. Es él, no me cabe duda. ¡Por Júpiter, que ha de pagar cara su osadía!

IRAS. ¿Qué piensas hacer?

MES. Acabo de despachar un correo para el procurador Valerio Grato; esperaré sus órdenes. Ahora sólo me preocupa grandemente la carrera de esta tarde.

IRAS. ¿Le tienes miedo?

MES. ¿Miedo, un romano? ¡Por los dioses, que nunca como hoy estuve tan seguro de la victoria! Pero el hijo de Arrio, el maldito Ben-Hur, no es un enemigo despreciable.

IRAS. No le tienes miedo, pero te preocupa. Por el amor que te tengo, háblame con franqueza, ¡oh Messala mío! Triunfante o derrotado, siempre encontrarás en mí la más sumisa y cariñosa de las esclavas.

MES. ¡Si por un maldito azar, me venciese!...

IRAS. ¿Lo ves, dueño mío? No tienes completa confianza en ti. ¿Por qué no haces imposible ese maldito azar?

MES. ¿Cómo?

IRAS. Impidiendo que Ben-Hur acuda a las carreras.

MES. Sólo podría conseguirlo por medios violentos; y la violencia no es el mejor camino en estas circunstancias.

IRAS. Queda otro recurso: la astucia.

MES. No te comprendo.
IRAS. ¿Confías en mí?
MES. Como en mí mismo.
IRAS. Pues vete a tu palacio y prepárate para la lucha. Tu fiel Iras trabajará, en tanto, por ti.
MES. ¿Qué piensas hacer?
IRAS. Algo que puede ser decisivo; lo único, quizá, que puede intentarse para que ese maldito Ben-Hur no llegue a tiempo.
MES. ¡Que los dioses te sean propicios!
IRAS. ¡Que a ti no te olviden! *(Se van en distintas direcciones.)*

ESCENA XII

Simónides, Sembalat; luego, *Ben-Hur.*

SIMO. Ahora mismo, ¡oh, buen Sembalat!, te extenderé el documento de crédito.
SEM. La suma es enorme.
SIMO. Hay que arruinar a Messala y a todos sus amigos.
BEN. La hora de la venganza se acerca, Simónides. Voy a vestir mi túnica romana, quizá por última vez; vencedor o vencido, en adelante siempre seré Ben-Hur. Antes de marchar al Circo, vendré a despedirme de vosotros. ¡Que el Dios de Abraham nos ayude!
SIMO. ¡Que El vaya contigo! *(Simónides y Sembalat entran en casa de aquél. Ben-Hur inicia el mutis, apareciendo en este momento Iras.)*

ESCENA XIII

Ben-Hur, Iras.

IRAS. Permíteme, ¡oh, hijo de Arrio!, que mi humilde persona se acerque hasta ti.
BEN. Acércate, mujer; tu belleza no necesita de permiso alguno para deleitarme con su cercana contemplación, ¡tan hermosa eres!
IRAS. La dulzura de tus palabras da bríos a mi tímida voluntad.

BEN. No temas, y dime tus deseos.
IRAS. Favorecerte.
BEN. Ya lo haces con tu sola presencia ; gozar contemplando el sol de la India que fulgura en tus ojos, es para mí señalado favor.
IRAS. Gracias, ¡ oh, hijo de Arrio ! Pero no es ese el favor que he querido hacerte.
BEN. Dime cuál es, entonces.
IRAS. La casualidad hizo llegar hasta mí ciertas noticias que ponen en peligro tu tranquilidad, y vengo a comunicártelas.
BEN. ¿Tanto te interesas por mí?
IRAS. Tanto. Ha tiempo que te conozco. Los primeros años de mi vida los pasé en la Judea ; las palmeras de Jerusalén dieron sombra a mi infancia. Más tarde viví en Roma.
BEN. ¿Sabes, pues, quién soy?
IRAS. El hijo del príncipe Itamar. Desde niña—perdóna, ¡ oh, Ben-Hur !, la licencia de mis palabras—tuve hacia ti la simpatía que se recata por sincera, y se hace cada día mayor por recatada.
BEN. ¡ Bendito rubor, que pone coral en tus labios y granadas en tus mejillas !
IRAS. La desgracia que sufriste hizo más hondo mi afecto. Así comprenderás cómo, al saber que un peligro te acecha, corra en tu busca. Messala, el perro romano que te envió a galeras, ha jurado tu exterminio. Yo, olvidando mi recato de doncella por audacia de mujer enamorada, vengo a ti para decirte : Ben-Hur, guárdate de Messala.
BEN. Y yo, ¡ oh, noble y bellísima amiga !, agradezco tus buenos oficios, y no sè cómo pagar tanta generosidad.
IRAS. Tomándome por esclava, Ben-Hur.
BEN. ¿Por esclava?
IRAS. Sí. No te exijo correspondencia a mi amor. Te ofrendaré mi belleza, puesto que te ofrendo mi vida. Seré para ti la más humilde de las siervas, y para los que traten de hacerte daño, la fiera más bravía. ¡ Tómame por esclava, Ben-Hur !
BEN. Acabarás por enloquecerme. El fuego de tus ojos

quema mi piel, como el sol del desierto; tus labios me ofrecen la frescura de un limpio manantial donde apagar los ardores de mi sed...

IRAS. Ven a mi palacio. Vivo sola. Allí vestirás la túnica romana, te prepararás para la lucha... El vino de Chipre dará vigor a tus músculos, fortaleza a nuestro amor... Lo beberás en mis propios labios. *(Ester canta dentro. Pausa, durante la cual se opera en Ben-Hur un cambio radical. Mira con arrobo hacia la casa de Simónides. Después, con energía no exenta de cierta dulzura, se aparta de Iras.)*

BEN. Perdóname. No puedo detenerme; el deber me llama. *(Se va.)*

IRAS. ¡Ah, perro hebreo! ¡Has triunfado! ¡Que las maldiciones de los dioses caigan sobre ti. *(Mutis.)*

ESCENA XIV

Cecilio, Druso.

CECI. ¡Ah! ¡Por Baco! Estoy cansado.

DRU. ¿A dónde fuiste?

CECI. Por las calles, hasta más allá del Oufalo. Una muchedumbre enorme se dirige al circo. Nunca se ha visto Antioquía tan concurrida.

DRU. Dicen que hoy se reunirá en el circo el mundo entero. ¿Y cómo van las apuestas?

CECI. Las tablillas se llenan de notas.

DRU. ¿Hay alguien que apunte por el hijo de Arrio?

CECI. Los israelitas: la hez del desierto, y los pordioseros del templo de Jerusalén.

DRU. ¡Los reyes de la miseria! *(Ríen.)*

CECI. Como Messala ha hecho figurar en el programa de las carreras el verdadero nombre del hijo de Arrio, Ben-Hur, todos los despreciables hebreos apuestan por su príncipe.

DRU. ¡Cómo vamos a reír a costa de esos perros!

ESCENA XV

Dichos, Messala, Sembalat. A poco, *romanos, hebreos* y *gente de Antioquía.*

MES. Aquí me tenéis, ¡oh, nobles amigos!, preparado para luchar.
CECI. ¿Luchar dices? Tu triunfo está descontado.
DRU. Sólo apuestan contra ti los miserables de Antioquía.
SEM. Romanos, nobilísimos romanos, os saludo.
CECI. Es desenfadado, ¡por Júpiter! ¿Quién es?
MES. Un perro de Israel, de nombre Sembalat, proveedor de los ejércitos. Vamos, ¡por Pólux! Vamos a ver si le cogemos. *(A Sembalat.)* ¿Quién es tu campeón?
SEM. Ben-Hur, el hebreo. Sé que la desesperación reina entre tus admiradores, porque no encuentran quien apueste contra ti. Los dioses, ya lo sabéis, desean sacrificarme. Entremos en materia. Las apuestas primero, después las sumas. ¿Qué me vais a dar? *(Su audacia paraliza a todos.)* ¡Pronto!
VARIOS. Dos contra uno.
SEM. ¡Cómo! ¿Dos contra uno cuando vuestro campeón es un romano?
CECI. Toma tres entonces.
SEM. ¡Tres, sólo tres, siendo un perro hebreo mi favorito! Dadme cuatro.
DRU. Cuatro, pues.
SEM. ¡Cinco! ¡Dadme cinco! *(Profundo silencio.)* Dadme cinco, cinco por honor de Roma.
MES. Cinco te doy.
SEM. Si el César muriese mañana, Roma no quedaría huérfana de emperador; ya hay quien es digno de empuñar el cetro del mundo. Dame seis.
MES. Sean seis.
SEM. *(Escribiendo en sus tablillas mientras habla.)* Seis contra uno; la diferencia que existe entre un romano y un hebreo. *(Ofrece a Messala las tablillas.)*

VARIOS. *(Gritando.)* ¡Lee ! ¡Lee !

MES. *(Leyendo.)* Memorándum. Carreras de carros. Messala, de Roma, apuesta con Sembalat, de Antioquía, quien lo hace a favor de Ben-Hur, hebreo. Total de la apuesta : veinte talentos. Beneficio para Sembalat, de seis contra uno. Sembalat. *(No se produce el menor rumor ni el más leve movimiento. Messala contempla, estupefacto, las tablillas. La multitud contiene la respiración, emocionada por la cuantía de la apuesta.)*

ESCENA XVI

Dichos, Ester, Simónides; luego, *Ben-Hur.*

SEM. Firma, Messala ; tu ganancia es segura. ¡Veinte talentos ! Claro que tu indecisión está justificada. Si un maldito azar te llevase a la derrota, me tendrías que abonar seis veces esa suma, me harías poderoso. ¿Qué, no te decides a firmar?

MES. ¿Dónde tienes tú esos veinte talentos? Muéstralos.

SEM. Aquí están. *(Saca un documento.)*

BEN. Lee, lee en voz alta.

SEM. *(Leyendo.)* «Antioquía, Tamuz, 16. El portador, Sembalat, de Antioquía, tiene abierto crédito por la suma de cien talentos con el cuño del César. Simónides.» *(Todos lanzan un grito de asombro.)* ¿Quieres firmar ahora?

MES. ¡Sí ! *(Firma, y mirando despectivamente a Sembalat, arroja las tablillas al suelo. Después lanza a Ben-Hur una mirada de odio y se va, acompañado de sus amigos. Sembalat recoge las tablillas, sonriente. La gente del pueblo comienza a desfilar; los comentarios animan la escena con su ensordecedora algarabía. Ben-Hur se despide de Ester y Simónides.)*

SIMO. ¡Que el Dios de Abraham te dé la victoria que mereces ! *(Ben-Hur, emocionado, abraza a Simónides; después da un beso en la frente a Ester. Inicia su marcha entre el gentío.)*

ESTER. *(Que cae, llorando, en los brazos de su padre.)* ¡ Padre ! ¡ Padre !
(Se hace un oscuro para dar la impresión de una pausa en el espectáculo. Cuando vuelve de nuevo la luz a escena es la hora crepuscular. Se oyen gritos de triunfo, cada vez más cercanos. Simónides y Ester escuchan anhelantes lo que les cuenta Ilderim.)

ESCENA XVII

Simónides. Ester, Ilderim.

SIMO. Continúa, poderoso jeque. Tu relato es maravilloso.

ILDE. Por última vez los carros recorrían el estadio. Messala, a la cabeza ; tras él, Ben-Hur. Messala comenzó a tirar de las riendas a los caballos de la izquierda, disminuyendo un tanto su velocidad.

SIMO. Su corazón palpitaría, con la seguridad del triunfo.

ILDE. Todos los espectadores estaban ya convencidos de que la victoria sería de Messala. Pero en ese instante vimos cómo Ben-Hur se inclinaba al borde de su carro, soltaba las riendas sobre los lomos de mis caballos árabes y restallaba el látigo en el aire. El rostro del hebreo se enrojeció ; sus ojos fulguraron ; pareció comunicar a los caballos su voluntad, y éstos, de un salto, se colocaron al lado del carro del romano. El público calló ; y en el silencio del circo, sólo interrumpido por el correr de los carros, pudo oírse gritar a Ben-Hur : «¡ Sus, mis valientes caballos ! ¡ Adelante ! ¡ Nuestra es la gloria !» Se oyó un golpe seco que conmovió todo el circo, y vimos caer una lluvia de astillas blancas. El carro de Messala se había hecho pedazos al golpe terrible que le diera la rueda interna del de Ben-Hur. Los espectadores se levantaron dando un grito. Messala yacía, muerto, bajo las patas de sus caballos. Y mientras tanto, Ben-Hur

llegaba a la primera meta. ¡ Había ganado la carrera !

SIMO. ¡ Y habrá consumado su venganza ! ¡ Gracias, Dios de Abraham !

ESCENA XVIII

Dichos, Ben-Hur, gente de Antioquía.

(Ben-Hur es conducido en triunfo y vitoreado sin cesar por la gente del pueblo. Luce sobre sus sienes la corona del vencedor. Cuando se encuentra cerca de Ester, se quita la corona y, después de besarla, se la entrega a aquélla. Ester la coge, llevándosela a los labios con unción. El pueblo grita entusiasmado. Cuadro.)

TELÓN

ACTO CUARTO

Una calle de Jerusalén. Al fondo, el palacio de Ben-Hur. Es de noche.

ESCENA I

Amrah, Israelita 1.°, Israelita 2.°

(Amrah, sentada en las gradas que dan acceso al palacio, aparece inmóvil, cubierta con su manto. Los dos israelitas vienen discutiendo y se detienen en el centro de la escena.)

ISR. 1.° Dígote, Isaac, que no hay hombre, por perverso que sea, que no haga en su vida algo bueno.

ISR. 2.° Di mejor que los hay tan malvados, que algunos de sus actos parecen meritorios comparados con sus acostumbradas crueldades.

ISR. 1.° No trato de defenderle ; sólo por ser romano ya me es odioso.

ISR. 2.° Y, sin embargo, alabas su conducta.

ISR. 1.° Jehová nos manda ser justos, aun con nuestros enemigos, y reconocer sus buenas acciones.

ISR. 2.° ¿Y qué buenas acciones reconoces en él? Si el anterior legado de Roma, el cruel Valerio Grato, oprimió y encarceló a los hijos de Israel, confiscando sus bienes para enriquecerse con ellos, su sucesor, Poncio Pilatos, atenta a algo más inviolable ordenando que se pague el nuevo acueducto con los dineros del templo. Aquél despojó a muchos de nuestros hermanos ; éste despoja a nuestro Dios.

ISR. 1.° Los rabinos y doctores visitarán mañana a Pilatos y le harán ver que el dinero del templo es sagrado.

ISR. 2.° Mucho esperas de su generosidad.

ISR. 1.° En cambio, su primer impulso ha sido reparar los atropellos de Grato, mandando que todos los hijos de Israel encarcelados por orden suya sean puestos en libertad, restituyéndoseles sus propiedades. *(Amrah escucha atentamente.)* Hoy mismo acaban de abrirse las puertas de la torre Antonia para muchos desventurados, y ya has visto cómo salieron de ellas cuantos israelitas gemían en sus mazmorras.

ISR. 2.° Sí, lo he visto, y he visto también cómo los que entraron allí llenos de vida y salud salían convertidos en seres inmundos y repugnantes.

AMR. *(Acercándose a ellos.)* La paz del Señor sea con vosotros, hijos de Israel.

ISR. 1.° Y contigo, mujer. ¿Qué deseas?

AMR. He creído escuchar de tus labios que los prisioneros de la torre Antonia han sido libertados.

ISR. 1.° Eso he dicho.

AMR. ¿Tú lo has visto?

ISR. 1.° No ha mucho hemos presenciado la salida de esos infelices.

AMR. Y dime, ¡oh, mi buen señor! ¿Salieron todos? ¿No quedó ningún preso en la torre?

ISR. 1.° Salieron todos ; todos los que lograron llegar con vida hasta hoy. Otros muchos, los más, murieron en la torre durante el tiempo de su cautiverio.

AMR. ¿Y no viste si entre los libertados había dos mujeres?
ISR. 1.° Más de dos había.
AMR. Yo sólo pregunto por dos: una de edad respetable y noble presencia, y otra en la primavera de la vida, bella como el sol.
ISR. 1.° Así serían cuando entraron en la torre; ahora todas son iguales.
AMR. ¿Iguales? ¿Qué quieres decir?
ISR. 2.° Las mazmorras de la torre están apestadas; todo el que entra en ellas sale con el cuerpo cubierto de lepra.
AMR. ¡Qué horror!
ISR. 2.° Si entre los presos había alguno a quien debas amistad o amor, pídele al Señor de Israel que haya sucumbido en su cárcel; preferible sería para él y para ti.
ISR. 1.° Cierto; preferible morir a sufrir de por vida, sin esperanza de alivio, rechazado por todos, inmundo, apestado...
AMR. ¡Qué horror! Y si viven, ¿qué va a ser de ellas?
ISR. 1.° Según la ley, deberán recluirse en el valle de los leprosos, lejos de todos, para no contaminar a los sanos.
AMR. Quiero ver si viven, quiero saber cuál ha sido su suerte.
ISR. 2.° Ve, pues; no lejos de la torre has de hallarlas todavía. En triste procesión deben dirigirse al valle de los leprosos.
AMR. Aun puedo alcanzarlas.
ISR. 1.° Pero guárdate de aproximarte a ellas si no quieres contaminarte del terrible mal.
AMR. ¿Qué me importa, si aún viven? Soy su esclava, y mi vida les pertenece. *(Mutis.)*

ESCENA II

Israelita 1.°, Israelita 2.°; luego, *Ben-Hur* y *Simónides.*

ISR. 2.° ¡Desgraciada! Su lealtad causará su perdición.
ISR. 1.° ¡Quién sabe! El Señor premia a los siervos fie-

les ; su bendición la acompaña. *(Siguen conversando.)*

BEN. *(Que entra seguido de Simónides.)* ¡Por fin! ¡Gracias, Dios de Israel, que me has concedido ver de nuevo mi casa! ¡Gloria a Ti, Señor, que escuchaste mis ruegos! Tú has permitido que mis labios besen la piedra de estas gradas que creí no volver a ver nunca. Al besarlas crece en mí la esperanza de hallar a mi madre y a mi hermana, de vivir aquí con ellas, como en otro tiempo. Tengo fe, Señor, tengo fe en Ti y en tu ayuda, ¡no me abandones!

ISR. 1.° Implora la ayuda de Dios.

ISR. 2.° Es un hijo de Israel.

SIMO. Señor, la larga jornada y la emoción que en ti despierta este lugar deben de haber quebrantado tu fortaleza ; necesitas descanso.

BEN. No lo tendré hasta saber qué ha sido de los míos.

SIMO. Nada puedes averiguar de momento, señor. Vamos al jan, reposa allí hasta el amanecer, y con el día emprenderemos nuestras pesquisas.

BEN. Déjame, Simónides ; de aquí no he de apartarme. Sobre estas gradas esperaré la aurora.

SIMO. Pero, señor...

BEN. Ve tú al jan, donde descansa tu hija. Tu deber de padre es velar su sueño ; mi deber de hijo y de hermano es permanecer aquí.

SIMO. ¿Y he de dejarte en medio de la calle? La puerta de tu casa está sellada, el edificio ya no te pertenece, es de Roma. ¿Qué lograrás con quedarte en sus umbrales?

BEN. No sé ; pero algo, dentro de mí, me ordena que no me aparte de este sitio. Vete, Simónides, ve al lado de Ester ; te lo mando, y soy tu señor.

SIMO. Hágase tu voluntad. Cuando amanezca volveré a buscarte.

BEN. Aquí me hallarás. *(Se echa sobre las gradas. Simónides va a marcharse, pero le detiene un israelita.)*

ISR. 1.° Perdona que te detenga en tu camino. ¿Eres de Jerusalén?

SIMO. Yo, no; mi señor. Llegamos de Antioquía.
ISR. 1.° Bien venidos seais.
ISR. 2.° ¿Venís a celebrar la Pascua?
SIMO. Ese es, en efecto, uno de los motivos que nos traen: celebrar la Pascua y presenciar la entrada en Jerusalén de Aquél que anunciaron los profetas, del rey de Israel.
ISR. 1.° ¿Qué dices?
SIMO. Digo que el Mesías, el hijo de Dios, entrará mañana en Jerusalén para celebrar la Pascua con su pueblo.
ISR. 2.° ¿Crees, pues, que ese galileo de quien se dice que predica la verdadera fe es más que un profeta?
SIMO. Es el Rey anunciado por Isaías.
ISR. 1.° ¿Tú le has visto?
SIMO. Le vi y le escuché y no dudo de que es El.
ISR. 2.° Pero es un hombre oscuro, pobre, humilde... ¿Cómo puede ser un rey?
SIMO. Eso mismo me preguntaba yo hasta que le oí. Es un rey, pero su reino no es de este mundo. Dentro de unas horas, cuando le veais entrar en Jerusalén, vuestra fe vacilante se encenderá, y le adoraréis como yo le adoré.
ISR. 1.° Yo tengo fe, yo creo en El al escucharte. Repítenos las palabras que oíste de sus labios.
SIMO. Una vez le oí decir: bienaventurados los que sin ver creyeron, porque ellos verán a Dios. Tú lo verás, buen israelita.
ISR. 2.° Vamos contigo. Queremos que nos cuente...
SIMO. Acompañadme; os diré cuanto queráis.
ISR. 1.° Vamos. *(Hacen mutis los tres.)*

ESCENA III

Ben-Hur, Sara, Tirza.

(Ben-Hur se ha quedado dormido sobre las gradas. A poco de irse Simónides con los dos israelitas aparecen dos mujeres enteramente cubiertas con sus mantos, y entran lentamente, re-

catándose, como si temieran ser descubiertas. Son Sara y Tirza.)

TIRZA. ¿Adónde me llevas, madre?

SARA. Quiero ver por última vez mi casa. Cuando empiece el día saldremos para siempre de la ciudad. Si nos viesen dentro de sus muros, nos arrojarían de ella a pedradas.

TIRZA. Sí; los leprosos no tenemos derecho a estar entre las gentes; somos como muertos.

SARA. No llores, Tirza, tranquilízate. Dios es misericordioso; ten fe en El.

TIRZA. Tu entereza me dará fuerzas, madre mía. Tus padecimientos son tan grandes como los míos, y aun encuentras palabras de consuelo.

SARA. ¡Hija! Más que por mí siento al verte sufrir, al pensar en tu hermano, al ver esa casa, donde tan dichosos éramos los tres. Nada queda de aquello si no es la casa; ni nosotras ni él pertenecemos ya al mundo de los vivos.

TIRZA. Anoche soñé con mi hermano; le vi sano y fuerte. Debemos creer en los sueños, como creyeron nuestros padres, a quienes en sueños habló frecuentemente el Señor.

SARA. Ahora eres tú la que tratas de consolarme, pobre hija mía.

TIRZA. Vamos de aquí, madre, salgamos de la ciudad. ¡Si nos descubrieran!...

SARA. Vamos, sí. *(Viendo a Ben-Hur.)* Hay alguien en las gradas. *(Se acerca.)* Un hombre.

TIRZA. No te acerques... Nos verá...

SARA. No temas, duerme. *(Ben-Hur suspira y separa el brazo que le cubría el rostro. Sara le ve entonces, reconociéndole.)* ¡Ah! ¡Tirza! ¡Hija!

TIRZA. ¿Qué sucede, madre?

SARA. ¡Mira!... ¡El!... ¡Judá!... ¡Tu hermano!

TIRZA. ¿Mi hermano?

SARA. Tan cierto como el Señor existe, ese hombre es mi hijo.

TIRZA. ¡Judá! *(Va a acercarse.)*

SARA. ¡Quieta! ¡No le toques! Estamos inmundas... ¡Inmundas! *(Ben-Hur se agita un momento, y murmura entre sueños:)*

BEN. ¡ Tirza !... ¡ Madre !...

SARA. ¡ Hijo !... ¡ Oh ! No poder besarle, no poder estrecharle en mis brazos... Todos los sufrimientos de este mal terrible, la oscuridad de mi cárcel, los suplicios más horrendos, son preferibles a esta tortura. ¡ Señor, Señor, haz que mi carne padezca mil veces más de lo que padeció hasta ahora, que mi vida se prolongue largos años sin dejar de sufrir un instante, y a cada nuevo tormento que me enviéis, juro bendecir tu nombre si me concedes que yo pueda besar a mi hijo !

TIRZA. Hermano, hermano mío...

SARA. Huyamos, huyamos de él. Llévame, Tirza, impide que sea en mí más fuerte el deseo de besarle que el temor de hacer de él un cadáver viviente como nosotras. *(Van a salir precipitadamente cuando entra Amrah.)*

ESCENA IV

Ben-Hur, Sara, Tirza, Amrah.

SARA. ¡ Amrah !

AMR. ¿Quién me llama?

SARA. ¿No nos conoces?

AMR. ¡ Oh, ama mía ! ¡ Alabado sea el Señor !

SARA. ¡ Detente ! No te acerques a nosotras ; estamos inmundas.

AMR. ¡ Desgraciadas de nosotras ! Decid qué me mandáis ; soy vuestra esclava.

SARA. Gracias, Amrah, eres muy buena.

AMR. Compartiré vuestra suerte, iré con vosotras.

SARA. No puede ser.

AMR. ¿Por qué?

SARA. Mira... Judá ha vuelto.

AMR. Mi señor...

SARA. ¡ Calla ! Si despertase y me hablara me faltaría valor para alejarme de él.

AMR. ¿Y ha de privarse de veros?

SARA. Es preciso ; sería matarle.

TIRZA. Tenemos que renunciar a su cariño.
SARA. Amrah, tú le amas.
AMR. Como si fuera mi hijo, tú lo sabes, señora ; daría mi vida por él.
SARA. Pues por amor a él has de callar. No le digas que nos has visto, ni dónde estamos. Ni una palabra, Amrah.
AMR. Pero él me preguntará... Querrá saber...
SARA. Le dirás que hemos muerto.
AMR. ¡ Oh ! Señora...
SARA. Y, en realidad, muertas estamos ya. Júralo, Amrah, júranos por el Dios de Israel que le dirás que hemos muerto. ¡ Yo te lo exijo !
AMR. Por el Dios de Israel, juro obedecerte, ¡ oh, señora !
SARA. Y ahora, adiós ; vela por mi hijo, Amrah, a ti te lo confío.
TIRZA. Que nos recuerde siempre.
SARA. Ya amanece. Pronto, Tirza, huyamos de aquí... Al valle de los leprosos, a nuestra tumba. *(Mutis de Sara y Tirza.)*

ESCENA V

Ben-Hur, Amrah.

(A la mitad de la escena anterior ha comenzado a amanecer, y al acabar ésta debe ser completamente de día. Amrah queda mirando hacia donde desaparecieron Sara y Tirza, hasta perderlas de vista.)

AMR. ¡ Inmundas !... ¡ Inmundas !... *(Lentamente se aproxima a Ben-Hur, le contempla un momento con respeto y ternura y se sienta a sus pies.)* Aquí está mi puesto, a su lado. *(Pausa.)*
BEN. *(Despertando.)* Ya luce el sol. No tardará Simónides.
AMR. La paz del Señor sea contigo.
BEN. ¡ Amrah ! ¿Tú? ¿Qué haces aquí?
AMR. Velar tu sueño, como cuando eras niño.
BEN. Mi buena Amrah, Dios te envía a mi lado. ¿Dón-

de está mi madre? ¿Dónde está Tirza? ¿Viven, verdad?

AMR. Señor, de las personas que habitaban esta casa hace ocho años sólo quedamos con vida tú y tu sierva Amrah.

BEN. ¡Muertas! No puede ser. Amrah, dime que te equivocas, que mientes.

AMR. El Señor, nuestro Dios, es testigo de que no miento al decirte que mi ama y su hija no pertenecen ya al mundo de los vivos.

BEN. ¡Madre mía! ¡Hermana! Inútil vida la mía, que no sirvió para proteger la vuestra. Habla, Amrah, habla, cuéntame todo lo que ha ocurrido en mi ausencia.

AMR. El día funesto en que te prendieron, tu hermana y tu madre fueron llevadas a la torre Antonia. Los soldados de Roma asesinaron a todos tus esclavos; sólo yo pude salvarme, ocultándome de aquellos monstruos.

BEN. ¿Y ellas? ¿Qué fué luego de ellas?

AMR. Encarceladas quedaron en la torre, sin que haya vuelto a saberse nada de sus personas.

BEN. ¿Cómo, entonces, aseguras que han muerto? En la torre estarán y yo las sacaré de allí aunque haya de morir al lograrlo.

AMR. Desecha toda esperanza, señor. Hoy se abrieron las puertas de la torre para todos los que allí estaban encerrados; ninguno quedó en el recinto. Yo los vi salir, esperando, como tú, ver entre ellos a tu madre y a tu hermana.

BEN. ¿Y no las viste?

AMR. No salieron. Pregunté al carcelero, y me contestó que si no estaban entre los libertados era seguro que habían muerto. Entonces vine aquí, y aquí te hallé dormido, señor.

BEN. ¡Oh, Roma! ¡Opresora de nuestra raza! Me quitaste libertad, casa, cuanto aquí poseía; atormentaste a los míos, causaste su muerte y mi desesperación... ¡Maldita seas! Mi odio hacia ti será eterno e implacable.

ESCENA VI

Ben-Hur, Amrah, Simónides, Ester, Israelita 1.º, Israelita 2.º

SIMO. *(Que llega acompañado de Ester y seguido de los dos israelitas.)* ¿Qué ocurre, señor?

ESTER. ¿Lloras?

BEN. ¡ Ester ! ¡ Simónides ! Tarde llegamos a Jerusalén. Mi madre y mi hermana han muerto ; sólo puedo ya llorar por ellas.

ESTER. Llorar, sí ; pero no desesperarte ; Dios condena la desesperación.

SIMO. De labios del Maestro lo has oído : sólo se desespera aquél que no tiene fe.

BEN. Yo la tengo ; y porque creo en El esperaré hallar a mi madre y a mi hermana, poder salir hoy con ellas a su encuentro cuando el pueblo de Jerusalén le aclame a su llegada.

ESTER. Pues espera aún. Su presencia te devolverá la calma y sus palabras la esperanza.

BEN. ¿Qué puedo ya esperar?

ESTER. De El, todo.

SIMO. Tú sabes, porque le has visto obrar prodigios, que todo lo puede.

BEN. Es verdad.

ISR. 1.º ¿Tú lo has visto?

BEN. Sí.

ISR. 2.º ¿Y de qué prodigios fuiste testigo?

BEN. ¡Tantos hemos presenciado !...

ISR. 2.º Decidnos algunos.

SIMO. Yo le he visto convertir el agua en vino.

ESTER. Yo vi a un ciego implorar su ayuda ; El tocó sus ojos, y el ciego vió.

ISR 1.º ¿Sana, pues, a los enfermos?

SIMO. Y resucita a los muertos. Ya os he dicho que nada hay imposible para El.

AMR. ¿Tanto poder tiene?

BEN. Un día, en Galilea, estando yo con El, se le acercó un leproso. «Señor, le dijo, si tú quieres puedes curarme.» El oyó la súplica, le tocó con la

mano, y repuso: «Quiero. ¡Sé curado!» E instantáneamente aquel desgraciado quedó tan sano como lo estábamos los que fuimos testigos del hecho, que éramos multitud.

AMR. ¡Dios de Israel! ¿Es posible?

ESTER. Nosotros lo vimos.

AMR. ¡Oh, sí! Tenéis razón, hay que tener fe en El. El puede devolverte a los tuyos, señor, no desesperes de lograrlo.

ISR. 1.° Yo quiero salir a su encuentro.

ISR. 2.° Y yo; quiero verle cuanto antes.

(Amrah, esquivando las miradas de los demás, se va precipitadamente, diciendo:)

AMR. Aun puedo alcanzarlas; no estarán lejos.

ISR. 1.° Vamos a la puerta de la ciudad.

BEN. Id todos; ve tú también, Simónides, y avísame cuando llegue. Quiero implorar su misericordia.

SIMO. Vamos. *(Se va con los israelitas.)*

ESCENA VII

Ben-Hur, Ester

BEN. Mi dulce Ester, único bien que me queda en la tierra, ven a mi lado. Tu compañía solamente puede mitigar mi tristeza; sólo tu amor puede ya hacerme menos odiosa la vida.

ESTER. Soy tu esclava, señor; mi vida es tuya, y mi única ambición es hacerte feliz con mi amor.

BEN. Tu amor, sí; ámame mucho, Ester. Hasta hoy mi corazón compartió su ternura entre mi madre, mi hermana y tú; de hoy más todo entero ha de ser para ti; piensa cuánto has de amarme para que mi corazón se satisfaga.

ESTER. Para ti seré esposa, hermana, madre; todos los amores hallarás en mí, Judá; en cada instante de tu vida, el que tu alma necesite.

BEN. Arido desierto sería mi alma sin ti; tú eres en ella oasis delicioso, descanso y refugio de mi espíritu. ¡Bendita seas, Ester! Por el Dios de Is-

rael te juro que consagraré mi existencia a adorarte, sin otro ideal que hacerte dichosa.

ESTER. Con estar donde tú estés me basta para serlo.

BEN. No nos separaremos nunca, te lo prometo. Hoy mismo has de ser mi esposa. Sólo esperé para que nuestra unión se verificase la bendición de mi madre sobre ti. Ya es imposible alcanzarla; nada, pues, debe retrasar nuestra dicha.

ESTER. Tu sierva hará con alegría lo que dispongas, porque te ama.

BEN. Deja que bese tu frente pura, esta frente que las manos veneradas de mi madre debieron tocar al bendecirte.

ESTER. Al recibir tu beso, me parece recibir con él su bendición.

ESCENA VIII

Ben-Hur, Ester, Simónides.

SIMO. Señor, el Maestro viene ya cerca; uno de sus discípulos, que le precede, acaba de entrar en Jerusalén.

BEN. Vamos en su busca; adelantémonos a su encuentro.

SIMO. Todo el pueblo de Israel le espera en la puerta de la ciudad, con palmas y ramas de olivo, encendido de fe y entusiasmo, y aclamándole como su rey.

ESTER. Día de bendición es éste para los hijos de Israel. Vamos.

ESCENA IX

Ben-Hur, Ester, Simónides, Amrah, Sara, Tirza.

(En el momento en que van a salir, llega por el lado opuesto Amrah, seguido de Sara y Tirza, que ocultan el rostro bajo sus mantos.)

AMR. ¡Deteneos!

BEN. ¿Qué quieres, Amrah?

AMR. Que me escuches, señor.
BEN. Di.
AMR. Antes te dije que mi ama y su hija habían muerto.
BEN. ¿Y no dijiste verdad? ¡Habla, habla pronto!
AMR. No dije verdad.
BEN. ¿Viven?
ESTER. ¿No han muerto?
SIMO. ¿Dónde están?
AMR. Te anuncié su muerte, porque ellas me lo ordenaron así.
BEN. ¿Qué pretendían con eso?
AMR. Salvarte, señor.
BEN. ¿Salvarme?
AMR. Oyeme con calma, señor, pues acaso te parezca más terrible lo que voy a decirte que la misma idea de haberlas perdido para siempre.
BEN. ¿Más terrible que su muerte? ¿Qué puede haber más terrible?
SIMO. Habla, Amrah.
ESTER. Acaba de explicarte.
AMR. No mentí al decirte que los presos de la torre Antonia fueron puestos en libertad; entre ellos estaban tu madre y tu hermana.
BEN. ¿Y dónde están ahora, di?
ESTER. ¿Dónde?
AMR. La torre está infestada de lepra; todos los prisioneros están atacados del mal repugnante.
BEN. ¿Y ellas también? Señor, ¿no te basta aún con lo que he padecido? ¿Hasta cuándo no has de apiadarte de mí, hasta cuándo?
ESTER. ¡Leprosas!
SIMO. ¡Desventuradas!
BEN. ¿Dónde están? Mi deber es correr a su lado.
ESTER. Eso no, Judá.
SIMO. Estarán en el valle de los leprosos.
BEN. Pues allí iré a buscarlas.
SIMO. Te contaminarán.
BEN. ¿Qué importa? Leproso yo también, pero con ellas.
SIMO. Detente, señor.
ESTER. No vayas.
BEN. Dejadme.

AMR. Ten paciencia, señor. Tú dijiste que hay un hombre maravilloso que puede curarlas.

SIMO. ¡El Maestro!

AMR. Al oírte corrí a darles la buena nueva, y la esperanza con ella. Acudirán a su presencia, las curará.

BEN. Pero, ¿dónde están? Llévame con ellas, que yo las vea.

AMR. Ahí las tienes, señor.

BEN. ¡Madre! ¡Tirza!

SARA. ¡Hijo!

TIRZA. ¡Hermano!

SARA. ¡Detente, Judá!

TIRZA. ¡No te acerques!

BEN. *(A Simónides, Ester y Amrah, que le sujetan.)* ¡Soltadme! ¡Soltadme!

SARA. ¡Atrás! ¡No le dejéis! Estamos inmundas.

TIRZA. ¡Inmundas!

BEN. Para mí no. Es mi madre, es mi hermana. ¡Soltadme! ¡Soltadme!

ESCENA IX

Dichos, un hombre.

HOM. ¿Por qué sujetáis a ese hombre?

SARA. Es mi hijo. Mira en qué estado me encuentro. Quiere abrazarme, y yo les pido que le detengan, para evitar su daño.

BEN. Nada me importa de mí. Dejadme besar a mi madre.

HOM. *(A Ben-Hur.)* Detente. *(A Sara.)* Mujer, soy un enviado del que, con una palabra, devuelve la salud y la vida.

SARA. ¿El nazareno?

HOM. El Mesías.

ESTER. ¿Ha entrado ya en la ciudad?

HOM. Hace un instante.

SIMO. ¿Y qué camino seguirá?

HOM. Este mismo. Dime, mujer, ¿quién crees tú que es?

SARA. El Hijo de Dios.

HOM. Aguárdale aquí, entonces. A pesar de la muchedumbre que le sigue, a pesar de los gritos del pueblo que le aclama, si tu fe iguala a tus sufrimientos, El te oirá, aunque el estrépito sea ensordecedor. Pídele que te salve. La paz sea contigo y con los tuyos. *(Mutis.)*

ESCENA X

Ben-Hur, Simónides, Sara, Tirza, Amrah, israelitas, pueblo de Jerusalén. Luego, *El.*

SIMO. Ya se acerca la muchedumbre. Ten fe, y espera.

ESTER. Espera, Judá.

BEN. Confío en tu misericordia, Dios de Israel. *(Poco a poco ha ido creciendo el rumor del pueblo, y al llegar este instante irrumpen en escena los que preceden al Salvador, agitando las palmas y gritando:)* ¡Hosanna! ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! ¡Gloria al Rey de Israel! *(Sara y Tirza avanzan, se postran de hinojos ante El, que aún no ha aparecido en escena, y Sara invoca su clemencia.)*

SARA. ¡Maestro! ¡Maestro! Ve nuestra miseria. Tú puedes curarnos; Tú, que eres el Hijo de Dios, enviado por El para redimir a su pueblo. ¡Ten piedad de nosotras, Señor, ten piedad! *(Queda el teatro completamente a oscuras, iluminando un foco las figuras de Sara y Tirza, arrodilladas. Vense dos manos que se posan un instante en los rostros de las leprosas. En seguida vuelve la luz. El Redentor ha atravesado la escena, y el pueblo le sigue. Las leprosas han quedado curadas.)*

SARA. ¡Gloria al Dios de Israel!

TIRZA. El Redentor está entre nosotros.

AMR. ¡Curadas!

SIMO. ¡Milagro!

ESTER. Es, en verdad, el Mesías.

BEN. ¡ Madre ! ¡ Tirza !
SARA. ¡ Hijo mío !
TIRZA. ¡ Hermano !
(Se abrazan los tres, en tanto que el pueblo grita, cada vez más lejos:) ¡ Hosanna ! ¡ Hosanna al Hijo de David ! ¡ Gloria al Rey de Israel !

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1. *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2. *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3. *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4. *Encarna la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5. *La pluma verde*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
6. *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7. *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.
8. *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9. *Febrerillo el loco*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
10. *Las canas de Don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11. *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12. *La noche clara*, por Alfonso Hernández-Catá.
13. *La virtud sospechosa* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
14. *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15. *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16. *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17. *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18. *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19. *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20. *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21. *Madame Buterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22. *Colonia de lilas*, por José Fernández del Villar.
23. *La locura de Don Juan*, por Carlos Arniches.
24. *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25. *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26. *Rosa de Madrid*, por Luis Fernández Ardavín.
27. *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28. *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29. *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30. *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31. *La galana*, por Pilar Millán Astray.
32. *La malquerida*, por Jacinto Benavente.
33. *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34. *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35. *Vida y dulzura*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
36. *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abati.
37. *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38. *La Prudencia*, por José Fernández del Villar.
39. *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40. *Madame Pepita*, por Gregorio Martínez Sierra.
41. *Don Juan, buena persona*, por S. y J. Alvarez Quintero.
42. *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
43. *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44. *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
45. *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46. *El bandido de la sierra*, por Luis Fernández Ardavín.
47. *La intrusa*, por Mauricio Maeterlinck.
48. *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49. *Los Leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.
50. *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.

51. *El llanto,* por Pedro Muñoz Seca.
52. *Una mujer sin importancia,* por Oscar Wilde.
53. *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
54. *Alfilerazos,* por Jacinto Benavente.
55. *La raza,* por Manuel Linares Rivas.
56. *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.
57. *La noche del sábado* y *La ley de los hijos* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.
58. *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien* (extra.: 60 cts.), por Jacinto Benavente.
59. *Juventud, divino tesoro,* por G. Martínez Sierra.
60. *Mimí Valdés,* por José Fernández del Villar.
61. *El czar,* por Federico Oliver.
62. *El ilustre huésped,* por S y J. Alvarez Quintero.
63. *Las hijas del rey Lear,* por Pedro Muñoz Seca.
64. *Manolito Pamplinas,* por José María Granada.
65. *... Y después?,* por Felipe Sassone.
66. *No hay burlas con el amor,* por Alfredo de Musset.
67. *Los nuevos yernos,* por Jacinto Benavente.
68. *Lo que ellas quieren,* por Federico Oliver.
69. *El último mono,* por Carlos Arniches.
70. *Como hormigas,* por Manuel Linares Rivas.
71. *La condesa María,* por J. Ignacio Luca de Tena.
72. *Los sabios,* por Pedro Muñoz Seca.
73. *La jaca torda,* por José Mayral.
74. *¡Mecachis, qué guapo soy!,* por Carlos Arniches.
75. *Lirio entre espinas,* por Gregorio Martínez Sierra.
76. *Poca cosa es un hombre,* por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
77. *Por las nubes,* por Jacinto Benavente.
78. *Son mis amores reales,* por Joaquín Dicenta (hijo).
79. *Divino tesoro,* por Juan Ignacio Luca de Tena.
80. *La dama del armiño,* por Luis Fernández Ardavín.
81. *Lo que se llevan las horas,* por Felipe Sassone.
82. *«En Aragón hi nacío»,* por Arniches y García Marín.
83. *La mala ley* y *Primero, vivir* (extra.: 1 pta.), por M. Linares Rivas.
84. *La hija de la Dolores,* por Luis Fernández Ardavín.
85. *María Fernández,* por Pedro M. Seca y P. P. Fernández.
86. *Todo tu amor, o Si no es verdad, debiera serlo,* por Felipe Sassone.
87. *Buena gente,* por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
88. *La mujer que necesito,* por E. Thuillier y S. L. de la Hera.
89. *Lo cursi,* por Jacinto Benavente.
90. *La cantaora del puerto,* por Luis Fernández Ardavín.
91. *Fuensanta la del cortijo,* por Enrique de Alvear.
92. *Anita la Risueña,* por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
93. *La peña,* por Federico Oliver.
94. *El día menos pensado,* por Antonio Estremera.
95. *Bartolo tiene una flauta,* por Muñoz Seca y P. Fernández.
96. *Santa Isabel de Ceres,* por Alfonso Vidal y Planas.
97. *Doña Desdenes,* por Manuel Linares Rivas.
98. *Hamlet,* por Shakespeare.
99. *La propia estimación,* por Jacinto Benavente.
100. *La venganza de la Petra o Donde las dan las toman,* por Carlos Arniches.
101. *El doncel romántico,* por Luis Fernández Ardavín.

102. *La buena suerte,* por Pedro Muñoz Seca.
103. *Pimienta,* por José Fernández del Villar.
104. *Amanecer,* por Gregorio Martínez Sierra.
105. *Yo, tú, él... y el otro...* y *Noche de amor,* por Felipe Sassone.
106. *El carro de la alegría,* por A. Valero Martín y E. Carrère.
107. *En cuerpo y alma,* por Manuel Linares Rivas.
108. *El huésped del Sevillano,* por Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena.
109. *Campo de armiño,* por Jacinto Benavente.
110. *Dios dirá,* por Joaquín y Serafín Alvarez Quintero.
111. *La juerga,* por Federico Oliver.
112. *La novela de Rosario,* por Pedro Muñoz Seca.
113. *Juan de Mañara,* por Manuel y Antonio Machado.
114. *A martillazos,* por Manuel Linares Rivas y E. Méndez de la Torre.
115. *El hijo de Polichinela,* por Jacinto Benavente.
116. *¡Calla corazón!,* por Felipe Sassone.
117. *Mamá,* por Gregorio Martínez Sierra.
118. *El astrólogo fingido,* por P. Calderón de la Barca.
119. *Las zarzas del camino,* por Manuel Linares Rivas.
120. *La niña de los sueños,* por José María Granada.
121. *La mariposa que voló sobre el mar* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
122. *Flores y Blancaflor,* por Luis Fernández Ardavín.
123. *La virgen del infierno,* por Alfonso Vidal y Planas.
124. *El señor Adrián el primo o Qué malo es ser bueno* (extra.: 1 pta.), por C. Arniches.
125. *Dale un beso a papá,* por Antonio Suárez.
126. *Solera fina,* por J. Abati y J. Fajardo.
127. *El coloso de arcilla,* por Luis Araquistain.
128. *Contra genio, corazón,* por Luis Uriarte.
129. *La Lola* (extra.: 60 cts.), por P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
130. *Paloma,* por Felipe Sassone.
131. *El doctor Frégoli,* por Erzcinoff, versión de «Azorín».
132. *Catalina María Márquez,* por Francisco de Viú.
133. *Un caballero español* (extra.: 1 pta.), por L. Manzano y M. de Góngora.
134. *Los hijos de trapo,* por Emilio Méndez de la Torre.
135. *El caballero Lobo,* por Manuel Linares Rivas.
136. *La eterna invitada,* por J. I. Luca de Tena y M. de la Cuesta.
137. *Brandy, mucho brandy,* por «Azorín».
138. *El juramento de la Primorosa,* por Pilar Millán Astray.
139. *La muerte del dragón,* por Pedro Muñoz Seca.
140. *La boda de Quinita Flores,* por S. y J. Alvarez Quintero.
141. *Contrabandista valiente,* por Joaquín Dicenta (hijo).
142. *No tengo nada que hacer,* por Felipe Sassone.
143. *Los marineros,* por Enrique Suárez de Deza.
144. *Aire de fuera,* por Manuel Linares Rivas.
145. *Sinrazón,* por Ignacio Sánchez Mejías.
146. *La protegida,* por Manuel Fontdevila.
147. *Maitena,* por Etienne Decrept.
148. *Old Spain,* por «Azorín».
149. *El príncipe de Dinamarca* (versión libérrima de *Hamlet),* por Fernando de la Milla.
150. *La chica del Citroën,* por E. Suárez de Deza.
151. *Como Dios nos hizo,* por Manuel Linares Rivas.
152. *La vida sigue,* por Felipe Sassone.
153. *La tonta del bote,* por Pilar Millán Astray.
154. *Cabrita que tira al monte,* por S. y J. Alvarez Quintero.

155. *Los gorriones del Prado,* por Alfonso Vidal y Planas.
156. *La ilustre fregona,* por Diego San José.
157. *Comedia del arte,* por «Azorín».
158. *Frente a la vida,* por M. Linares Rivas.
159. *Los Cuatro Caminos,* por A. Custodio.
160. *Los salvajes,* por Alberto Ghiraldo.
161. *Los pastores,* por Gregorio Martínez Sierra.
162. *El chico de las Peñuelas,* por C. Arniches.
163. *Martierra,* por A. Hernández-Catá.
164. *El cuarto creciente* y *El señor Sócrates,* por M. Linares Rivas.
165. *Los que no perdonan,* por Eusebio Gorbea.
166. *El Clamor,* por P. Muñoz Seca y «Azorín».
167. *Don Luis Mejía,* por E. Marquina y Hernández-Catá.
168. *¡Sí, señor, se casa la niña!,* por Felipe Sassone.
169. *Te quiero, te adoro,* por E. Suárez de Deza.
170. *El rodeo,* por Luis Araquistain.
171. *Lo invisible,* por «Azorín».
172. *El nido ajeno,* por Jacinto Benavente.
173. *Cándida,* por G. Bernard Shaw.
174. *Tigre Juan,* por Julio de Hoyos.
175. *Gente conocida* y *El hombrecito* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
176. *Boy,* por Manuel Linares Rivas.
177. *«Parodi y Compañía»,* por Sabatino López.
178. *El fenómeno,* por José L. Mayral y J. Silva Aramburu.
179. *La pícara molinera,* por Asenjo y Torres del Alamo.
180. *Don Juan de Carillana,* por Jacinto Grau.
181. *La Meiga,* por F. Romero y G. F. Shaw.
182. *De la noche a la mañana,* por E. Ugarte Pagés y J. López Rubio.
183. *Pepita Jiménez,* por C. Rivas Cherif.
184. *El Conde de Valmoreda,* por M. Linares Rivas.
185. *El mal que nos hacen,* por Jacinto Benavente.
186. *Las hogueras de San Juan,* por J. I. Luca de Tena.
187. *La estrella de Don Benito,* por J. Téllez Moreno.
188. *La copla andaluza,* por A. Quintero y P. Guillén.
189. *La espuma del champagne,* por M. Linares Rivas.
190. *Las Verónicas,* por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
191. *Nobleza baturra,* por Joaquín Dicenta (hijo).
192. *En Flandes se ha puesto el sol,* por E. Marquina.
193. *Hidalgo, Hermanos y Compañía,* por Felipe Sassone.
194. *El mismo amor,* por Manuel Linares Rivas.
195. *El marido de la señorita,* por Drégely Gábor.
196. *Ternura,* por Henri Bataille.
197. *Más allá de la muerte,* por Jacinto Benavente.
198. *El hombre que vendió la vergüenza,* por J. R. de la Peña y A. Lapena.
199. *El alcázar de las perlas,* por Francisco Villaespesa.
200. *La ermita, la fuente y el río* (extra.: 1 pta.), por Eduardo Marquina.
201. *Cuando ellas quieren* y *Cada uno a lo suyo,* por Manuel Linares Rivas.
202. *El mundo es un pañuelo,* por S. y J. Alvarez Quintero.
203. *El juicio de Mary Dugan,* por Bayard Veiller.
204. *Los cachorros,* por Jacinto Benavente.
205. *El caballero Varona,* por Jacinto Grau.
206. *El vaticinio o S. S. S.,* por Pedro Muñoz Seca.
207. *Bolívar,* por Francisco Villaespesa.
208. *Camino adelante,* por M. Linares Rivas.

209. *Los hijos del Cid,* por Eduardo Marquina.
210. *La vestal de Occidente,* por Jacinto Benavente.
211. *La gitanilla,* por Diego San José.
212. *El amor no se ríe,* por Felipe Sassone.
213. *Lady Godiva,* por M. Linares Rivas.
214. *Levanta, Magdalena,* por Carlos M. Baena.
215. *La Inmaculada de los Dolores,* por Jacinto Benavente.
216. *El castillo de los Ultrajes,* por P. Muñoz Seca.
217. *Un drama nuevo,* por Manuel Tamayo y Baus.
218. *Porque yo no te quiero,* por Fernando de la Milla.
219. *Pipiola,* por S. y J. Alvarez Quintero.
220. *Lo pasado, o concluído o guardado,* por M. Linares Rivas.
221. *La leona de Castilla,* por Francisco Villaespesa.
222. *Juan Sin Tierra,* por Marcelino Domingo.
223. *Los marqueses de Matute,* por Luis F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño.
224. *Vidas cruzadas* (extraordinario: 1 pta.), por J. Benavente.
225. *Cuando florezcan los rosales,* por Eduardo Marquina.
226. *Los medios seres,* por Ramón Gómez de la Serna.
227. *Volpone o el zorro,* por Ben Jonson.
228. *La locura de amor,* por M. Tamayo y Baus.
229. *Nido de águilas,* por M. Linares Rivas.
230. *Pequeñeces,* por B. de Mora y J. de Salas.
231. *La Hermana San Sulpicio,* por Ernesto León.
232. *La carcajada,* por F. de Milla.
233. *Por ser con todos leal, ser para todos traidor,* por Jacinto Benavente.
234. *La felicidad de ayer,* por Juan José Llorente.
235. *La alcaidesa de Pastrana,* por Eduardo Marquina.
236. *Las vueltas que da el mundo,* por S. y J. Alvarez Quintero.
237. *Sombras de sueño,* por Miguel de Unamuno.
238. *La entretenida,* por Felipe Sassone.
239. *El buen demonio,* por M. Linares Rivas.
240. *Los que tenemos cincuenta años,* por E. Reoyo y J. Ramos Martín.
241. *Una muchacha de vanguardia,* por J. de Burgos y A. Custodio.
242. *La bola de nieve,* por M. Tamayo y Baus.
243. *Por los pecados del rey,* por Eduardo Marquina.
244. *Una señora,* por Jacinto Benavente.
245. *Roxana (La Cortesana),* por A. Torres del Alamo y A. Asenjo.
246. *Los amos de Curtidores,* por Eusebio de Gorbea.
247. *La divina ficción,* por Luigi Chiarelli.
248. *La silla número trece,* por Bayard Veiller.
249. *El jockey,* por J. Conty y G. Vissant.
250. *El poema de los ojos,* por Salvador Rueda.
251. *Judá, Ben-Hur,* por E. Thuillier y J. L. de la Hera.